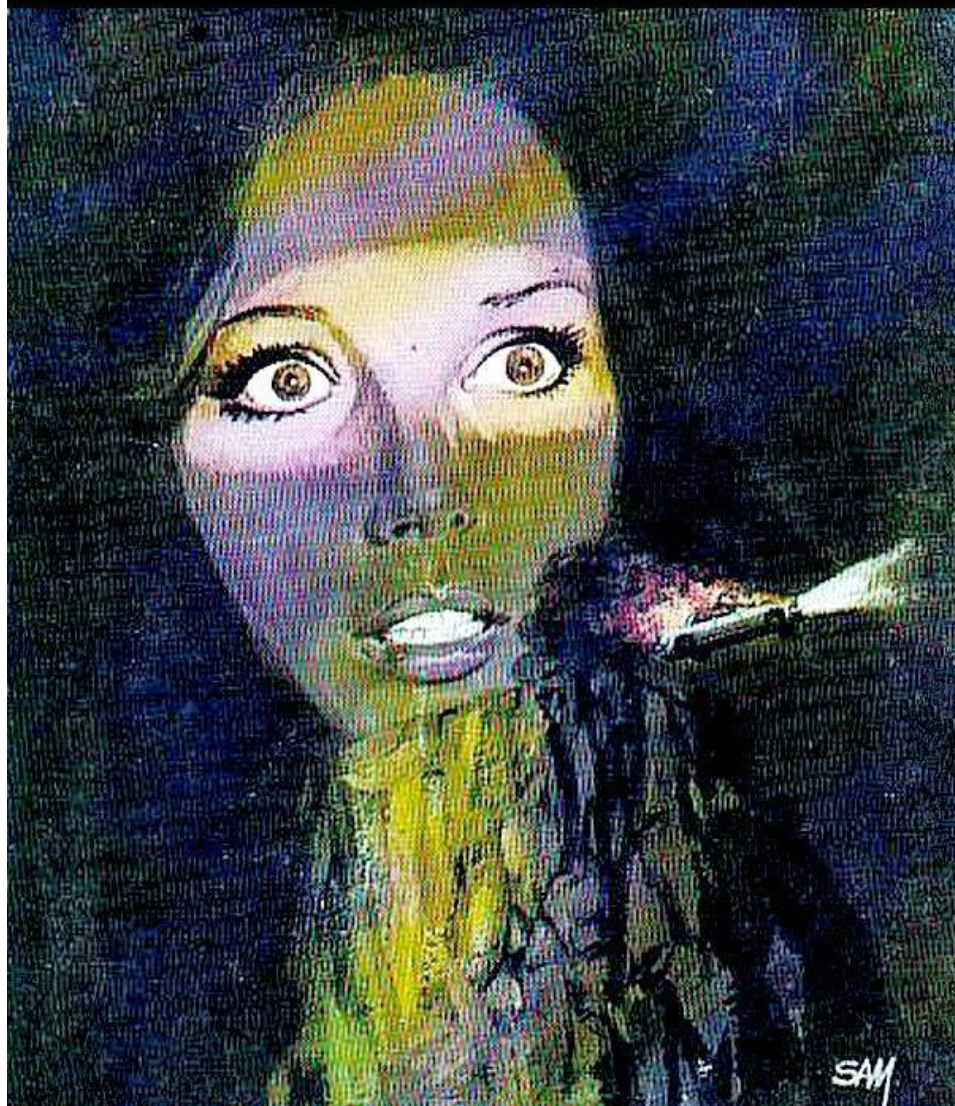


SERVICIO
SECRETO

SS

¿QUIEN MATO AL BASTARDO?

Ralph Barby



El agua cayó fina y fría sobre su cuerpo nervudo. Jean se había arreglado ya la corta barba que lucía y era de agradecer aquel duchazo que le refrescaba y le entonaba. Resultaba mucho más práctico y sano tomar un duchazo de agua fría que ingerir un estimulante en pastillas.

Se secó y salió del baño.

Miró hacia la casa, la mujer que allí estaba dormía profundamente.

Jean Ranshell se dijo que era muy hermosa; cabellos largos y rubios, llenos de ricitos y un cuerpo con unas curvas que subyugaban a los hombres que las contemplaban.



Ralph Barby

¿Quién mató al bastardo?

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1563

ePub r1.0

Lds 27.01.19

Título original: *¿Quién mató al bastardo?*

Ralph Barby, 1980

Cubierta: Jorge Sempere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El agua cayó fina y fría sobre su cuerpo nervudo. Jean se había arreglado ya la corta barba que lucía y era de agradecer aquel duchazo que le refrescaba y le entonaba. Resultaba mucho más práctico y sano tomar un duchazo de agua fría que ingerir un estimulante en pastillas.

Se secó y salió del baño.

Miró hacia la casa, la mujer que allí estaba dormía profundamente.

Jean Ranshell se dijo que era muy hermosa; cabellos largos y rubios, llenos de ricitos y un cuerpo con unas curvas que subyugaban a los hombres que las contemplaban.

Con sigilo, sin hacer ruido para que no despertara, se vistió y salió de la alcoba. Era muy posible que jamás volviera a ver a aquella mujer joven y hermosa con la que había pasado unas horas deliciosas. Sí, habían sido deliciosas... Ella no era ninguna niña y sí una experta en el arte de hacer el amor.

Miró su reloj, no había amanecido aún.

En las salas de juego aún quedarían los recalcitrantes que se negaban a marchar. La mayoría de ellos tendrían pérdidas, pérdidas que se negaban a aceptar.

—*Monsieur* Ranshell...

Se volvió. La que le interpelaba era una de las atractivas y bien preparadas azafatas del hotel.

Le sonreía ampliamente, y en aquel momento no era por estricta obligación de su profesión, sino porque le caía bien aquel hombre alto, ancho de hombros, bien proporcionado, de quijada dura y ojos acerados, con unos cabellos de un color cobre brillante.

—¿Me buscas, encanto?

—Yo, no. Hay un caballero que le está buscando, hemos llamado a su *suite* y no estaba.

—Ah, sí, he ido a dar un paseo.

—¿Y sale del ascensor? —le preguntó ella con picardía.

—Sí, he dado un paseo, pero no le he dicho por dónde. Veamos, ¿quién me busca?

—Sígame, por favor, *monsieur*.

La azafata le condujo a una salita reservada a cuya puerta llamó primero con los nudillos.

—Adelante —respondió una voz que parecía acostumbrada a responder desde un despacho de alta dirección.

La azafata abrió la puerta y comunicó:

—*Monsieur* Ranshell.

—Ah, sí, gracias.

—Si necesitan algo, pueden llamar a la conserjería —les dijo la azafata, dejándoles solos. Jean Ranshell quedó de pie frente a un hombre vestido de *smoking*. Tendría unos cincuenta años, usaba peluquín de calidad, no era fácil detectarlo a distancia, pero a Ranshell no se le escapó aquel detalle.

Sin duda era un individuo cuidado y culto, acostumbrado a mandar y no a obedecer. Ni siquiera se levantó de la butaca mientras hacía un solitario con los naipes.

—Siéntese.

Ranshell sacó un cigarrillo del paquete. Lo prendió fuego con un fósforo de sobre y tras expulsar el humo, dijo:

—No tengo mucho tiempo. Si quiere decirme algo, mueva la lengua.

El hombre del peluquín y el *smoking* arrojó el naipé y dijo:

—Completo. Soy un as con los solitarios y llevo hechos tres completos mientras le esperaba.

—Yo también he hecho tres.

—¿Solitarios?

—No, en compañía, es más divertido. Por cierto, ¿puedo saber cómo se llama?

—Smith Dupont.

—Magnífico, es como decirme que no tiene nombre.

—Ya habrá tiempo para esclarecer situaciones, todo depende...

—¿De qué?

—Se trata de un trabajo que quisiera encargarle. Usted es un investigador privado de tipo internacional, ¿no es así?

—Poseo carnet de investigador privado, pero no es válido en todas partes. Además, las limitaciones del carnet son más de las que usted piensa.

—También tiene carnet de reportero *free-lance*, ¿no es así?

—Ajá. Me sirve para meter las narices donde los demás dicen que no debo meterlas porque corro el riesgo de que me las rompan.

—Son los riesgos de la profesión que ha elegido. Es usted un aventurero nato, le gusta meterse en líos pero sabe hacerlo por cuenta ajena y cobrarlo.

—*Monsieur* Dupont, ¿es usted de la Interpol?

—¿Yo? Oh, no —se echó a reír—. Yo sólo soy un cadáver.

—¿Un cadáver que hace solitarios?

—Sí, he de estar solo. Ya sabe, los muertos, salvo el día del funeral, suelen estar solos. Jean Ranshell cogió los naipes de la mesa. Los juntó, los barajó, hizo un mazo, los puso delante de Smith Dupont y le pidió:

—Levante una carta.

—¿Por qué?

—Seguro que pierde.

Smith Dupont le miró entre irónico y sonriente. Levantó su carta y dijo:

—Reina, una buena carta. ¿Está seguro de que voy a perder?

Sin preocuparse demasiado, Jean Ranshell levantó un grupo de naipes y mostró una carta.

—Rey, el rey gana a la reina. ¿Qué le he dicho? Smith Dupont silbó de admiración y luego preguntó:

—¿Ha hecho trampa?

—Las cartas son suyas.

—Eso no es responder a mi pregunta. ¿Ha hecho trampa?

—Cuando quiero ganar, gano, creo que es suficiente. Lo demás, imagínelo. Ahora, cuénteme, ¿de veras que es un cadáver viviente?

Smith Dupont sacó unas fotografías de su bolsillo. En ellas, Ranshell pudo ver un ataúd rodeado de gente y flores y un cadáver dentro. Miró al muerto y luego a Smith Dupont.

—Desde luego, parece usted un poco más pálido. ¿De qué murió?

—Paro cardíaco, certificado por un médico, pero yo no me lo creo. Ah, mire ésta mientras bajan el ataúd a la tumba y la otra con la lápida... Son interesantes, ¿verdad?

—No todo el mundo puede poner en su álbum de fotografías instantáneas de su funeral y de su entierro. ¿Se las enseñará a sus nietos?

—Desgraciadamente, no tengo hijos.

—Qué lástima, se hubieran podido divertir en una velada con unas fotografías semejantes.

—¿No me hace ninguna pregunta más?

—¿Me ha contratado usted? —preguntó, lanzándole el humo del tabaco al rostro. Era como un desafío permanente entre los dos hombres.

—Está bien, ya nos hemos hecho los listos. ¿Qué significan esas fotografías?

—Que estoy muerto.

—Da la casualidad de que yo no creo en fantasmas ni en espectros.

—Yo tampoco.

—En ese caso, espero que nos entendamos mejor.

—Sí, nos entenderemos mejor, mucho mejor. El muerto de la foto y que ha sido sepultado en una tumba con mi nombre, no soy yo, por supuesto.

—Eso está tan claro que no merece la pena discutirlo.

—Perfecto. Alguien ha matado a ese hombre creyendo que era yo.

—¿Y el asesino lo sabe?

—No, claro que no lo sabe. El cree que ha conseguido su objetivo.

—¿Y quién es el asesino?

—Yo no lo sé. Tendrá que averiguarlo usted. Yo no voy a enseñar mi cara hasta que el asesino esté a buen recaudo, no desearía que cometiera el crimen por segunda vez, acertando, claro.

—De modo que hay un asesino por ahí que desea verle bajo seis pies de tierra y cree que ya lo ha conseguido.

—Eso es, y yo no quiero que me liquide.

—Ahora surge una duda.

—Me lo imagino. ¿Quién es el muerto?

—Eso es, ¿quién es el muerto?

—Todos creen que soy yo, pero... —Hizo una pausa que empleó para encender un cigarrillo sin dejar de mirar a Jean Ranshell. Al fin dijo—: mi hermano bastardo.

—¿Un hijo natural de quién?

—De mi padre, si fuera de mi madre sería más conocido. Mi padre era un hombre digamos muy activo y no le bastaba mi madre. Tenía una amante, casi una segunda esposa, y con ella tuvo un hijo al que pensionó siempre para que no le faltara de nada, es el bastardo. Nadie sabía que existía, yo me enteré a la muerte de mi padre. Clement creía que iba a conseguir un pellizco de la herencia.

—¿Y no fue así?

—No, porque mi padre se arruinó con el juego. Me dejó varias compañías financieras en número rojos. Yo estaba preparado y supe sacarlas adelante. Entonces Clement, al verse sin la pensión que le había ayudado a vivir sin trabajar, se acercó a mí.

—¿Le pidió dinero?

—Sí; no era muy ambicioso, pero sí una gotera inacabable. Yo me di cuenta rápidamente de su enorme parecido conmigo y lo utilicé en algunas ocasiones que tenía que asistir a reuniones que me reventaban, actos oficiales, funerales, bodas, etcétera.

—¿No es en esos sitios donde se hacen buenos negocios?

—Sí, pero yo tenía bien entrenado a Clement para que concertara citas privadas que él anotaba en una pequeña agenda.

—¿Y no fallaba?

—No, porque sabía que si llegaba a fallar se quedaba sin su *modus vivendis*.

—Debo suponer que es usted un hombre importante.

—Según como se mire, siempre hay alguien más importante, pero puedo decir que poseo una fortuna considerable. Supe levantar los negocios que mi padre me legó en la herencia.

—Hacerse multimillonario en las finanzas implica crearse enemigos.

—No puedo negar que los tengo, la prueba está en que han matado a mi bastardo.

—¿Le llamaba siempre así?

—¿A quién?

—Al bastardo, por supuesto.

—Clement era un hombre con los pies en el suelo. Sabía perfectamente cuál era su posición y lo que realmente le convenía.

—El tenía tanto derecho a las riquezas como usted, ¿no cree?

—Era un pobre diablo, el fruto de un adulterio continuado. Que en paz descanse, hasta había llegado a apreciarlo, se parecía tanto a mí... Está visto que cuando mi padre preñaba a una mujer, le imponía su voluntad, es decir, su fuerza hereditaria. Lo malo era que siempre fue jugador y no precisamente bueno.

—Entonces, lo que usted pretende es contratarme para descubrir al asesino de Clement, que en realidad quería matarle a usted.

—Eso es.

—Y después reaparecerá a la vida pública diciendo quién es y quién el muerto.

—Exacto.

—Cuando «resucite», tendrá complicaciones. ¿Se da cuenta?

—Si se refiere a demostrar mi identidad, no hay problema. Existen radiografías de mis huesos, me rompí un brazo en una ocasión, hace tres años, y están las huellas dactilares. No habrá problemas, hasta mi esposa conoce detalles de mi cuerpo que sólo ella puede recordar.

—De todos modos, saldrá a la luz. ¿No le importa que se sepa que utilizaba los servicios de su hermano natural?

—No, no me importa. Incluso será divertido.

—Pues sí, puede resultar divertido, va a dejar a un montón de personas confusas.

Ahora será bueno que puntualice que mis honorarios son caros.

—Descubrir a un asesino siempre es difícil cuando éste es astuto, pero ahora, creyéndome muerto, se sentirá muy seguro de sí mismo y cometerá torpezas. ¿Le van bien cien mil dólares?

—Si lo hace a precio fijo, de acuerdo. Cien mil dólares y gastos aparte, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Cincuenta mil para empezar. Si cobro una parte por adelantado es para darle seriedad al trato.

—De acuerdo.

Sacó de su bolsillo un talonario de cheques y rellenó uno de los talones por un valor de cincuenta mil dólares.

—¿Cree que me lo pagarán?

—Naturalmente. No soy ningún estúpido y para ciertas transacciones poseo una cuenta en un banco de Suiza bajo nombre falso. Pagar siempre con el nombre verdadero es peligroso y llevar tanto dinero encima un suicidio. Puede ir tranquilo a su banco que le aceptarán este talón firmado por C. Smith Dupont.

—¿«C»?

—Sí, de Claude. Mi padre tenía afición por la inicial «C», él se llamaba Constant.

—Muy bien. Cuando cobre el cheque empezaré a investigar para descubrir quién mató al bastardo.

—Por favor, ni una sola palabra de que estoy vivo. Lo haremos público justo cuando haya descubierto al asesino. Convocaré una fiesta y será por todo lo alto. Hablarán de ella todas las revistas y periódicos del mundo. Usted, como es lógico, se llevará su parte de publicidad y podrá aumentar las minutas en el futuro.

—Sí, un poco de publicidad nunca viene mal y he de admitir que eso que me encarga tiene su interés; lo que no comprendo es por qué está usted tan seguro de que han asesinado a Clement y la policía no busca al asesino.

—Un ataque cardíaco es fácil de disimular, máximo cuando el paciente es un cardíaco crónico.

—¿Clement lo era?

—No, ahí está el quid de la cuestión; él no estaba enfermo del corazón, pero yo sí. Por eso, el médico de familia pudo certificar con tanta facilidad un ataque cardíaco de funestas consecuencias, como se creía que era yo...

—Curioso, un caso francamente curioso; pero tengo que hablar un buen rato con usted y ahora tengo la mente muy despejada.

—¿A estas horas de la madrugada?

—Sí, he dormido, me he duchado y he liberado mis tensiones.

—¿Sexuales?

—*No comment.*

—Imagino que un tipo como usted tiene mucha suerte con las mujeres de la *jet society* que pululan por Montecarlo.

—Se hace lo que se puede, me molesta mucho ver a las mujeres tristes y más si son jóvenes y hermosas.

—¿Y si no lo son?

—Las recomiendo té con pastas y un paseo en yate hasta

Mallorca.

—¿En su compañía?

—No, no, para ellas yo estoy muy ocupado. Ni pago ni cobro, es mi norma para ciertos asuntos digamos habituales.

—Es un tipo listo. Daría la mitad de mi fortuna por tener su juventud, su estatura, su aspecto físico.

—¿Y qué más?

—Su cinismo.

—Creo que en eso vamos a la par, *monsieur* Dupont.

CAPÍTULO II

El cementerio era tan amplio como bien cuidado.

El día resultaba espléndido, sin viento, con un sol radiante y los altos cipreses exhibían su verdor oscuro, repleto de vida, vigilantes en la necrópolis silenciosa.

Delante de Jean Ranshell, una lápida cara, de granito sueco negro con puntos de azul. Las letras estaban cinceladas en bajo relieve y rellenas con mármol blanco. El encaje era tan perfecto que parecía todo de la misma pieza y pintado.

—Claude Rouvre Wood.

—¿Le conocía?

Se volvió despacio, muy despacio, de forma intencionada. Había oído los pasos acercándose hasta la tumba por el camino enarenado. La mujer era alta, exuberante de formas. Poseía la redondez y anchura de ancas precisa para provocar placer, lo mismo que su busto alto y erguido, que se suponía duro y sin sujetador.

—Con franqueza, no creí que fuera usted tan joven.

—No soy ninguna niña —respondió ella con una sonrisa que no podía ocultar cierta satisfacción.

Sus ojos, pese a la gasa del sombrero, se veían grandes, verdes, hermosos.

—¿De veras no sabía cómo era yo?

—No. Sabía que usted era la heredera de la fortuna de Claude Rouvre Wood, un astuto financiero, sólo eso.

—Y habrá imaginado que me casé con él por su dinero, ya que era casi el doble de mayor que yo.

—¿Y no fue así?

—No. Yo no era ninguna huérfana de orfanato, tenía mi vida de soltera resuelta.

—¿He de creer en el amor puro y desinteresado?

—Piense lo que quiera. Y ahora, dígame, ¿por qué me ha citado aquí?

—Deseaba conocerla.

—Su nota decía que tenía algo muy importante que decirme respecto a mi marido.

—Así es.

—La verdad es que no debí hacer caso de esa nota.

—¿Lamenta haber venido?

—No del todo, es usted un buen ejemplar de macho humano.

—¿Como un *kleenex*?

—¿Un *kleenex*? No entiendo qué quiere decir.

—Usar y tirar.

—Ha cambiado usted las cartas. Antes, la que se usaba y tiraba era la mujer.

—Si la mujer es rica, el usado y tirado es el hombre, me refiero a los hombres con más codicia que conciencia. Ahora que ya hemos visto la tumba, ¿qué le parece si caminamos hacia la salida?

—¿Para eso me ha hecho venir aquí?

—Es un buen lugar para hablar a solas y se me ocurre que si usted no estuviera preocupada por algo no habría venido.

—¿Que algo me preocupa? ¿Pretende usted jugar conmigo como si yo fuera un ratoncito? —preguntó la mujer, riéndose.

—Le dije que tenía algo importante que decirle sobre la muerte de su marido.

—Pues bien, dígalo.

—¿Me guardará el secreto?

—¿Por qué he de hacerlo? Ni siquiera le conozco, aún no sé por qué he venido. Afuera tengo esperando mi coche con mi chófer y es muy alto, tan alto como usted, pero pesa unos kilos más.

—Chófer y guardaespaldas, todo en una pieza.

—Hay que protegerse.

—Cuando se es joven, hermosa y rica, porque ha heredado una fortuna...

—Así es. Soy lo que se dice una viuda apetecible. No se lo creará, pero ya he recibido más de una docena de proposiciones matrimoniales y, por supuesto, no tengo ningún deseo de volver a casarme.

—¿No le fue bien con Claude?

—No puedo quejarme.

—¿Por la herencia?

Geraldine se detuvo y se enfrentó con Jean Ranshell. Puso seriedad en su rostro hermoso.

—No pienso tolerarle ninguna insolencia más y si cree que puede chantajearme, extorsionarme o cualquier otra estupidez, está equivocado, porque sea lo que sea, lo llevaré a la policía. Yo no tengo nada que temer, absolutamente nada. ¿Comprendido?

—Si ha acudido a la cita es que algo temerá, digo yo.

—¡Adiós!

Ella aceleró el paso para alejarse, pero Jean Ranshell alargó su mano y la cogió por el brazo, reteniéndola.

—No tan aprisa, no hay por qué enfadarse tanto.

—Si no me suelta, grito.

—Y si grita, viene el Frankenstein que tiene por chófer. ¿No es eso?

—No pienso tolerarle ni una sola palabra más —dijo ella con gesto decidido.

—¿Y si le digo que estoy aquí porque alguien cree que su marido fue asesinado? Geraldine quedó unos instantes con los ojos muy abiertos y luego parpadeó tras la gasa de su sombrero. Sus pestañas eran abanicos aterciopelados capaces de encantar a cualquier varón que se le pusiera delante.

—Sí, asesinado —repitió Jean.

—Eso es una estupidez. Murió de muerte natural; padecía del corazón, lo dijo el doctor Ambroisie.

—Si, ya sé que padecía del corazón; pero hay muchas posibilidades de que se trate de un crimen y no de muerte natural.

—Pues si cree que se trata de un crimen, dígaselo a la policía.

—Si se lo digo a la policía, exhuman el cadáver. Todo eso trae cierta violencia, le harían la autopsia para averiguar el verdadero motivo de la muerte.

—Para que el juez decida exhumar el cadáver y hacerle la autopsia tendría que presentar pruebas.

—Todo se puede conseguir, pero, de momento, investigaré por mi cuenta. Cuando tenga pruebas irrefutables, por supuesto que acudiré a la policía; no es correcto que un crimen quede impune.

—Naturalmente que no es correcto.

—Entonces, ¿está de acuerdo en que busque al asesino?

—Si hubiera un crimen, sí, pero es que no lo ha habido.

—Yo creo que sí y alguien más también lo cree así.

—¿Quién es ese alguien más?

—No puedo revelar el nombre de mi cliente.

—¿Es usted abogado o investigador privado?

—Periodista.

—¿Y dice que tiene un cliente...?

—También soy investigador privado, pero para darle seriedad a la situación, haré una crónica social sobre el prócer de las finanzas que fue Claude Rouvre Wood. ¿Le parece bien?

—¿Me está pidiendo que le deje ir a mi residencia?

—Es mejor pedirle que me deje entrar por las buenas que por las malas.

—¿Y qué haría por las malas?

—Entrar por una ventana. Usted no querrá que cometa esa chiquillada.

—No, claro que no, entre otras cosas porque los barrotes de las rejas son de una pulgada de grosor y macizos.

—¿Lo ve? Tendría que buscarme un equipo de limas o de sopletes, una lata. Es mejor que me convide a una copa y lo pasamos bien juntos, charlando.

—Y encima querrá que le enseñe mi colección de sellos...

—Ah... ¿Tiene colección de sellos y todo?

—Además de cínico, es usted un irónico de cuidado.

—¿Cómo prefiere que la llame, viuda Rouvre, *madame* Geraldine o Geraldine a secas?

—Creo que ya he aguantado bastante, tengo prisa.

—Eso quiere decir Geraldine a secas.

—Yo tengo la conciencia tranquila y díglele a su cliente anónimo que no va a sacarme un franco.

—El cliente anónimo sabe de usted más de lo que cree, Geraldine.

La mujer se detuvo y se volvió hacia Jean con una actitud de saberlo todo pero al mismo tiempo de recelo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Pues, que tiene un precioso lunar en la nalga derecha, justo

debajo de las braguitas. Geraldine parpadeó.

—Si no me dice quién es ese sujeto, no seguimos hablando.

Ante aquella amenaza, Ranshell avanzó hacia ella y se puso a su altura.

—Se lo diré.

—Vamos, tengo prisa.

—Se lo diré cuando haya descubierto al asesino.

—¿Bromea?

—No. Vamos a tomar esa copa, charlaremos un poco. Por cierto, ¿el doctor Ambroisie es de fiar?

—Completamente, es un médico famoso que cuida de la familia. Salieron juntos del cementerio.

Afuera, a bordo de un lujoso «Mercedes» modelo Embajador, aguardaba el chófer que efectivamente medía metro noventa, pero con unos quince kilos más de peso que Jean Ranshell.

—Dígale que vaya delante, nosotros le seguiremos.

—Prefiero ir en mi coche, es más cómodo.

El la cogió por el brazo ante la mirada atenta del chófer, que abrió la portezuela y salió por si su patrona necesitaba ayuda.

—Ese coche de color naranja es el mío, dos plazas, muy cómodo. Los asientos están casi a ras del suelo, no hay que doblar las rodillas y si llevara minifalda, sabría de qué color lleva las braguitas.

Geraldine suspiró.

—Es usted imposible.

—Dígale que le seguimos.

—¡Valery!

—Sí, *madame*.

—Ve a casa, no conduzcas aprisa, te seguimos en el coche de *monsieur*... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Jean Ranshell, con Jean es suficiente.

—Si nos pierdes de vista, avisa a la policía, Valery.

—Lo que usted mande, *madame* —aceptó el chófer, volviendo al interior del «Mercedes».

—Vaya nombrecito.

—¿A qué nombrecito se refiere?

—Al de su gorila particular. Su mamá no debió imaginar lo que iba a crecer, Valery suena a chica.

Geraldine no respondió y subió al vehículo. El motor del

deportivo, rugió; en cambio, el del «Mercedes Benz» se puso en marcha con suavidad. Ambos automóviles abandonaron el cementerio.

—Le aconsejo que no trate de hacerse el gracioso ni propasarse.

—Si lo hiciera, sería demasiado vulgar.

—¿Vulgar?

—Sí. Propasarse con una viuda joven y rica es lo más vulgar del mundo, todos se creen con derecho a hacerlo y a conseguir algo. No, no, a mí sólo me interesan los honorarios de mi cliente.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, mirándole de reojo.

Como si no supiera qué hacer para disimular su curiosidad, sacó de su bolso una polvera y se dio unos ligeros toques de maquillaje en el rostro.

—¿Y cuánto van a pagarle?

—Una buena cantidad siempre que el tiempo que tarde en descubrir al asesino no sea demasiado —respondió Jean sin perder de vista el lujoso «Mercedes» que les precedía.

—¿Tan convencido está ese personaje de que la muerte de mi esposo fue un crimen?

—Sí, convencidísimo.

—¿Por qué?

—Me dio algunas razones.

—Dígame alguna.

—Usted puede ser la asesina.

CAPÍTULO III

Empujó la puerta y entró en el despacho, enfrentándose con aquel hombre de cabellos grises cuyas gafas brillaban como ocultando los ojos que había detrás. El despacho era tan funcional como comfortable.

—Tú y yo ya nos conocemos, Petrovich. ¿O tengo que llamarte conde Petrovich?

—¿Qué buscas aquí, Ranshell? —preguntó, sin levantarse de su butaca.

—Pistas.

—¿Para una grabación?

Ranshell se sentó frente a la mesa sin que le invitaran a hacerlo.

—No te hagas el gracioso.

—No tengo mucho tiempo que perder.

—Eres un tipo listo, Petrovich. Has estado tres veces a punto de dar con tus huesos en la cárcel, pero has sabido escabullirte siempre.

—No hay ningún cargo procesal contra mí.

—Pero tienes la conciencia más sucia que el retrete de un burdel portuario.

—No te voy a consentir que me insultes.

—Sí, ya sé que ahora tienes dinero e incluso influencias. Quién iba a pensarlo, arruinado como estabas, que acabarías convirtiéndote en financiero, consejero de varias sociedades anónimas, etcétera, etcétera.

—Será porque soy listo, ¿no crees?

—Para ser un financiero hay que tener tres cualidades esenciales y me parece que tú las tienes.

—¿Y puedo saber cuáles son?

—Tener buena estrella.

—Por ahora no puedo quejarme, aunque eso va a rachas.

—Ser un zorro.

—No está mal, no está mal, los zorros tienen fama de listos.

—Y de astutos.

—¿Y qué más?

—Carecer de escrúpulos.

—Quien dice que tiene escrúpulos, está disimulando que carece de ellos.

—Una frase muy propia de ti, Petrovich. Por cierto, con Claude Rouvre Wood te ha ido muy bien.

—No puedo quejarme. Hace unos años, él también estaba arruinado, pero salió adelante. Supo aceptar mis buenos consejos.

—Sí, ha subido él y has subido tú, claro que ahora estás mucho mejor que antes.

—¿Qué quieres decir?

—Claude Rouvre te consultaba, eras un socio con inferior poder económico, pero un socio y te preguntaba. ¿No es eso?

—Sí, éramos socios, al *fifty-fifty*.

—En una sola de sus compañías financieras —puntualizó Jean Ranshell.

—En las otras era consejero.

—Claude Rouvre, como buen zorro de las finanzas, tenía varias compañías por si convenía borrar del mapa a alguna de ellas. Así, siempre conservaba los pantalones puestos y no se quedaba con el culo al aire.

—Es una práctica muy habitual. Invertirlo todo en una sola empresa es correr excesivos riesgos.

—Ahora, a la muerte de Claude, te va mejor porque puedes manejar a tu antojo a una joven viuda inexperta en las finanzas. Antes, Claude podía consultarte y tomar tu consejo en positivo o negativo pero ahora puedes moverte más a tu libre albedrío. Es posible que tu cuenta corriente se esté hinchando más aprisa de lo debido.

—¿Te ha enviado la viuda Rouvre?

—¿No te ha pedido ella que me recibieras?

Como movido por un resorte, Petrovich se puso en pie.

—Si ella cree que le robo, haremos una separación económica.

Pondré el asunto en manos de abogados y...

—Por favor, no te precipites. La viuda Rouvre no tiene todavía, repito, todavía, quejas sobre tu forma de llevar los negocios. Por mi parte, creo que de tan lista que se considera, es una ingenua al confiar en ti.

—¿La has puesto en antecedentes contra mí?

—No, aún no.

Petrovich suspiró. Se fue a un bar disimulado, lo abrió y sacando una botella preguntó:

—¿Te apetece un *whisky*?

—Si no está drogado...

—¿Crees que le haría una cosa semejante a un amigo?

—¿Desde cuándo soy tu amigo? Petrovich sonrió.

—Eres un tipo listo y podríamos hacer negocios juntos. Como eres un reportero, puedes moverte bien en el mundo de la publicidad encubierta. Ya sabes, reportajes serios que no hacen más que enmascarar publicidad.

—Sí, de pequeño llegué a leer el *Digest*.

Reader's

Petrovich volvió a reírse.

—¿Te apetece un cigarro? Es un Davidoff.

—Cómo no, no suelo comprar esa marca. Todavía no llego a tu saneado *status* económico.

—No te hagas el pobretón, sé que tienes un coche deportivo que no vale menos de doscientos mil francos.

—Es que los zorros como tú corren mucho y no me gusta quedarme rezagado.

—¿Te ha contratado *madame* Rouvre?

—No.

—Entonces, ¿por qué te ha pedido que vengas a verme?

—Para charlar un rato contigo.

Petrovich se sentó en el canto de su sobria mesa.

—No tengo nada que ocultar, Ranshell. Mi pasado ha sido movido, es cierto, soy hijo de emigrantes.

—No me cuentes tus tragedias que no he traído pañuelo.

—Ahora soy un hombre solvente, tengo dinero, me muevo en sociedad y no me interesa que nadie vaya por ahí hablando pestes de mí.

—Te queda el recurso de contratar a un sicario, tú eres de esa clase de tipos.

—Nunca se me ha podido probar nada.

—Lo sé.

—Iba a decirte que no voy a dejar que me extorsiones; sin embargo, teniendo en cuenta que nos conocemos de antiguo, puedo conseguirte un viaje alrededor del mundo con chica incluida para uso completo. Te preguntarás, ¿a cambio de qué? Pues, muy simple, escribir uno de tus magníficos reportajes.

—¿Sobre qué?

—Sobre la aristocracia rusa en Montecarlo. Ya sabes, buenas fotografías a color, elegancia...

—Frena, frena, no me interesa ese viaje alrededor del mundo con chica para todo uso.

—Está bien, ve al grano, pero si pones en contra mía a *madame Rouvre* puedo hacerle mucho daño.

—¿Cómo?

—Ella es lista, muy lista, supo atrapar a Claude, pero en esto de las finanzas es una ingenua. Yo conozco muchos resortes para que después de utilizarlos lamente haberte conocido.

—Se lo diré a *madame Rouvre* para que te tenga mucho miedo.

—Si la pones en contra mía, tú también te arrepentirás.

—¿Pagarás a alguien para que pruebe lo duro que aún tengo el cráneo?

—¿Por qué no? Hay tipos que no saben otra cosa que romper cabezas duras y, pobrecitos, hay que darles trabajo, no tienen seguro de paro.

—Lo tendré en cuenta, Petrovich. En cuanto aparezca el primero, vendré a por ti y veremos qué tan duro es tu cráneo.

—Está bien, ya hemos terminado el capítulo de amenazas. ¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

—A fumarme un cigarro Davidoff, es excelente —comentó, mirando el cigarro cubano de calidad reconocida internacionalmente.

—¿Me tomas por idiota?

—Petrovich, busco al asesino de Claude Rouvre Wood.

—¿Asesinato de Claude Rouvre, estás loco?

—Tu sorpresa me parece sincera, Petrovich —le dijo, un tanto

cínico.

—Eso del asesinato, ¿quién lo ha dicho?

—Alguien que está muy seguro de lo que afirma y yo investigo por su cuenta. ¿Qué te parece?

—¿Y la policía?

—De momento no interviene, pero en cuanto tenga un dato irrefutable, lo pondré en sus manos; es mi obligación. Juego a hacer el reportaje de un financiero muerto, me sale más a cuenta que hacer el de la aristocracia rusa en Montecario. Por cierto, tú tenías motivos para asesinarlo y, ya se sabe, encontrando el móvil se halla al asesino.

—¿Bromeas?

—En absoluto. Es muy posible que llevando parte de los negocios de Claude Rouvre le hayas hecho alguna canallada.

—Eso es una calumnia.

—Conociéndote, más que una calumnia puede ser una posibilidad a tener en cuenta.

—¿Quién ha dicho que la muerte de Claude pueda ser un crimen?

Jean Ranshell no pareció tener ningún interés en responder, más bien quería exponer. Por ello, tras echar una bocanada de humo, dijo:

—Además, con la muerte de Claude Rouvre, tú podías manejar casi a tu antojo sus negocios, sabiendo que la heredera sería la esposa del muerto, ya que no tenían hijos.

—Te equivocas.

—¿Hay alguien más, acaso?

—Sí.

—¿Quién?

—¿Por qué tengo que decírtelo? —preguntó, recuperando todo su aplomo cuando antes había vacilado.

—Porque sólo así te dejaré en paz.

—No me das ningún miedo. Si me molestas demasiado, te denunciaré a la policía.

—Dudo que lo hagas, siempre tendrás cosas que ocultar.

—Tú, pruébalo. Tengo amigos influyentes, tú mismo lo has dicho.

—¿Soborno a la policía?

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero haces que yo lo suponga. ¿Vas a decirme de quién se trata o acaso sólo intentas desviar mi atención?

—Si quieres saberlo, pregúntaselo a la viuda Rouvre.

—Si lo que tratas es de enrollarme, te vas a acordar de mí, Petrovich. Buscaré a ese otro alguien que podía beneficiarse con la muerte de Claude Rouvre y si no aparece, voy a investigarte hasta saber de qué pie cojeas.

—Tengo todavía el cuello muy firme, no creo que tú me hagas saltar la cabeza de un manotazo. Ha pasado tiempo desde la última vez que nos vimos, ya no me veo obligado a hacer cosas pequeñas para sobrevivir. Ahora soy fuerte y si lo dudas, crúzate en mi camino, Ranshell.

El desafío estaba lanzado, Jean Ranshell no se iba a amilanar. Tenía que seguir adelante, aquel caso de la muerte del bastardo le estaba interesando más y más.

CAPÍTULO IV

No iba a ser fácil, lo sabía; todos se mostraban demasiado recelosos.

Había de averiguar quién podía tener un negocio sucio con Claude Rouvre, quién podía resultar beneficiado con su muerte, quizá una deuda por pagar quedaba así olvidada.

De todos modos, cabía pensar que quien quiera que fuese el asesino, tenía que ser alguien muy allegado al propio Claude.

Aqué! no era un crimen vulgar, el asesinato estúpido cometido por unos salteadores de residencias al verse descubiertos.

«He de visitar al doctor Ambroisie», se dijo. Riiiiing..., riiiiing...

El teléfono era una obsesión y a la vez una necesidad para Jean Ranshell. Podían llamarle para tantos asuntos... Mucha gente le conocía y él siempre estaba dispuesto a soltar unos francos o dólares por una buena noticia que se pudiera confirmar.

Por este sistema, había conseguido muchas pistas informativas y también esclarecido muchos asuntos que se le habían encargado en su profesión de investigador privado para casos perdidos o muy interesantes.

Alargó la mano y descolgó el teléfono de color marfil; se hallaba en la mesita de noche.

—¿Sí?

—¿Jean Ranshell?

La voz le pareció de primera, una voz femenina, muy bien timbrada y algo aññada, lo que le daba mayor encanto. Sonaba un tanto nerviosa, como dubitativa.

—Sí.

—Tengo que decirle algo.

—La escucho, encanto.

—Es muy importante —dijo ella.

—No se me escapará palabra, he pegado más fuerte el auricular a mi oreja.

—No, no puedo hablar por teléfono.

—¿Por qué, es conferencia de larga distancia?

—No, no, estoy aquí, en Montecarlo.

—¿Entonces?

—¿Conoce el Museo Oceanográfico?

—Sí, claro, está en la comuna de Mónaco, avenida de San Martín.

—Al este del museo, en el camino de Pescadores, junto a un árbol, le estaré esperando.

—¿Cuándo?

—A las once.

—Es un lugar solitario. ¿Estará sola?

—Sí, no puedo decirle más. Se trata de Claude Rouvre. Dicho esto, colgó.

Jean Ranshell miró el teléfono con aire intrigado. Luego miró su reloj y comprobó que sólo tenía veinte minutos hasta las once.

Geraldine estaría en su residencia de Niza. Petrovich podía estar en el casino jugando, era muy aficionado al juego.

¿Sería una chica joven la interesada en la muerte de Claude Rouvre, se habría referido Petrovich a ella o era una simple soplona?

Se puso la chaqueta *sport*. Bajó en el ascensor y fue en busca de su coche deportivo.

Tendría tiempo más que sobrado para llegar a la cita.

Lo que sí resultaba evidente es que comenzaba a saberse que él estaba interesado en la muerte de Claude Rouvre; claro que el asunto pertenecía a la jurisdicción francesa, puesto que la muerte de Claude había acaecido en Niza, aunque el verdadero Claude estaba refugiado en Mónaco con pasaporte falso.

Circuló sin prisas con su veloz automóvil. Se cruzó con dos «Rolls-Royce» y unos cuantos «Mercedes Benz», amén de otros coches deportivos como el suyo.

Enfiló la avenida de San Martín y a su derecha vio el Museo Oceanográfico, tan mimado por el monarca monegasco.

Dobló para tomar el llamado camino de Pescadores que

descendía por la montaña hacia los muelles.

Las luces de las farolas no resultaban excesivas. Tenía que ir despacio buscando a la chica, pero, al mismo tiempo, evitando confundirse con una buscona profesional.

Divisó una figura blanca entre los árboles de aquel solitario lugar. Disminuyó la marcha sobre el asfalto, que le pareció mojado, cuando ocurrió lo imprevisto.

Alguien, por su derecha, arrojó algo encendido contra su coche. Rebotó contra el cristal de la ventanilla y Jean pudo verlo; era como un trapo encendido.

Todo fue muy rápido.

El trapo cayó al suelo y todo se convirtió en un infierno. Lo que no podía suponer era que hubieran regado el suelo con gasolina, que ardió de inmediato, envolviendo el coche deportivo y convirtiéndolo en una hoguera rodante.

Jean Ranshell había caído en la trampa.

Se vio rodeado por el fuego. Todo era amarillo y rojo en torno suyo. El depósito de gasolina podía estallar en cualquier momento; sólo tenía una fracción de segundo para decidir y no perecer allí, carbonizado.

Salir del coche significaba quedar en medio del fuego que ignoraba hasta dónde alcanzaba, no escaparía a una muerte por quemaduras. Y si se quedaba dentro, le aguardaba igual suerte. Era como meterse en un horno y esperar a quedar carbonizado.

El calor se hizo sentir rápidamente pese a la velocidad con que todo ocurrió.

Jean Ranshell pisó a fondo el acelerador y giró el volante hacia su derecha. Chocó contra algo, los faros del coche iluminaron el cielo y después, se inclinaron.

Siguió pisando el acelerador en busca de las brillantes aguas del mar Mediterráneo.

El coche seguía envuelto en llamas, la suerte para él fue que no era descapotable. Al fin, cayó al agua y comenzó a hundirse de motor mientras desprendía nubes de vapor.

Sabía que no podía salir porque sólo tocar la plancha significaría abrasarse las manos. No llevaba guantes de amianto ni cubrecabezas de material antitérmico como los corredores de Fórmula 1.

Uno de los cristales había estallado; no obstante, para que no quedaran restos, lo bajó para que el agua entrara más rápidamente en el interior del coche.

No tardó en verlo todo negro. Tenía sólo un minuto o minuto y medio para salir de aquel ataúd en que se había convertido su automóvil.

Se filtró por el hueco de la ventanilla con la respiración contenida y luego nadó hacia la superficie. Por suerte, en la espectacular caída no se había dado ningún golpe de consideración.

Ya en la superficie, respiró hondo y comenzó a nadar hacia tierra firme.

Vio acercarse una lancha de la policía monegasca con un reflector encendido iluminando las aguas.

—¡Eh, eh, aquí!

La lancha se acercó hacia él y dos pares de brazos fuertes lo izaron a bordo.

Jean Ranshell miró hacia lo alto. Aún había fuego, pero un coche de bomberos llegaba ya al lugar del siniestro en el camino de los Pescadores, no lejos del Museo Oceanográfico.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó el oficial que iba a bordo de la lancha.

—No lo sé, mi coche se ha puesto a arder de pronto.

—¿Ha tenido un escape de gasolina?

—Lo ignoro.

—Habrá chocado contra alguna parte...

—No, en absoluto. Cuando me he visto envuelto en llamas, se me ha ocurrido que lo más práctico era lanzarme de cabeza al mar.

—Mañana, una lancha grúa rescatará su coche; no es la primera vez que un automóvil cae al mar. Si ha salvado la vida, está de suerte.

—En ese caso, lo mejor será ir al hotel a cambiarme y después iré al casino. Si es mi noche de suerte, tengo que aprovecharla.

—Ha de declarar por lo sucedido.

—¿Puedo hacerlo mañana?

—Sí, cómo no, *monsieur*. Ahora, me dará sus datos.

La lancha viró hacia babor para retornar a los muelles. En el paseo, el fuego había sido sofocado ya y la noche volvía a ser tranquila.

A la mañana siguiente, en las terrazas de algunas cafeterías, posiblemente se comentara que un automóvil envuelto en llamas se había precipitado al mar.

CAPÍTULO V

Al ver a Jean Ranshell en el casino, nadie hubiera podido decir que apenas hacía una hora estuvo a punto de morir abrasado dentro de su automóvil.

No había sufrido erosiones ni quemaduras, aunque sí algunos golpes que su cuerpo joven había resistido perfectamente.

Observó a los jugadores del treinta y cuarenta, mas se dirigió a una ruleta. Tenía unas fichas y deseaba jugarlas. Al día siguiente debía presentar el rescate de su automóvil y ver si podía servir. Después de todo, estaba asegurado.

Jugó y, al principio, perdió. Luego se recuperó y comenzó a ganar. Dos damas se le acercaron sonrientes, al parecer buscaban su buena suerte.

Una mano blanca se alargó por su izquierda y depositó un montón de fichas al mismo número y color que él acababa de apostar mientras la bolita de la ruleta giraba y giraba, buscando donde dar su suerte. Jean Ranshell se volvió y descubrió un rostro conocido.

—Geraldine.

—Diez y rojo, gana.

—Eres un hombre de suerte —le dijo ella, tuteándole.

—Sí, no puedo quejarme; pero la racha hay que saber cortarla a tiempo. Quien se deja llevar por su buena suerte, acaba sentado en el retrete. Ya sé que es una vulgaridad, pero así es.

Recogió sus fichas y Geraldine le imitó.

Los demás jugadores no pudieron comprender que aquella pareja con suerte abandonara la ruleta cuando estaban ganando.

—¿Has salido ganando mucho? —preguntó Geraldine.

—No sé. Ahora, cuando cambie las fichas, lo sabré. Cuando

juego, prefiero no contar demasiado.

—¿Trae mala suerte?

—No, sólo preocupaciones. Piensa uno en lo que puede llegar a quedarse y la codicia le asoma a los ojos. Fíjate a tu alrededor, hay gente adinerada pero todos tienen una mirada parecida. Por cierto, ¿has venido a jugar sola?

—Sí, soy una viuda liberada, hasta cierto punto —añadió con picardía.

—Yo voy a dejar el casino. ¿Qué haces tú?

—Voy a salir también si me siento acompañada.

—Entonces, vamos juntos. Conozco un lugar donde podemos tomar unos bocadillos exquisitos.

—No tengo mucho apetito, pero tampoco me sentará mal. Además, ya es muy tarde. Echó a andar, cogiéndole del brazo.

—Siete mil quinientos veinte francos.

—¿Es lo que has ganado, Jean?

—Sí.

—No está nada mal. Yo he ganado casi ochocientos por apostar a tu mismo número. Creo que tenía que haberlo hecho antes.

—¿Para qué?

—Para ganar más.

—¿Acaso te hace falta ese dinero?

—¿Lo dices porque poseo una fortuna saneada?

Salieron del casino y Jean se detuvo. Sacó su paquete de cigarrillos y le preguntó:

—¿Quieres?

—Si son americanos, no.

—No, no son americanos. Sé muy bien que los que ellos envían para la exportación son más cancerígenos que los de la misma marca que venden en su país donde las leyes son muy estrictas, por lo menos eso he leído en alguna parte. Éstos son ingleses.

—Entonces, dame uno.

Jean Ranshell encendió los dos cigarrillos. Geraldine se comportaba con desenvoltura, no era una mujer ñoña ni carente de gusto y distinción.

—Verás, mi coche no está utilizable. ¿Tomamos un taxi?

—Tengo mi coche en el *parking*.

—¿Con el gorila dentro?

—No, he venido sola.

—Es malo que una joven millonaria salga sola por la noche, siempre hay quien pueda asaltarla.

—¿Tú, por ejemplo?

—Oh, yo no. Soy muy caballeroso con las mujeres que se cogen de mi brazo. Ella abrió su bolsito y sacó unas llaves que puso en las manos de Jean.

—Llévame.

—¿A tu residencia?

—Veamos si ese *snack* es tan íntimo como has sugerido.

Jean observó que el coche que Geraldine tenía en el *parking* no era el lujoso «Mercedes», sino un «Porsche 924» de brillante color amarillo.

—Es más cómodo para ir sola.

—A lo mejor te lo pido prestado mientras me dicen si el mío volverá a rodar o sólo sirve para chatarra.

—¿Has tenido un accidente?

—Algo así. Ahora está en el fondo del mar.

—¿Tú ibas dentro?

—Por desgracia, sí.

—Has tenido suerte.

—Sí, tú has dicho que ésta era mi noche de suerte. El «Porsche» amarillo ronroneó con fuerza.

El *snack* resultó todo lo íntimo que Geraldine había supuesto. No comió mucho, pero bebió tres copas de burbujeante champaña que la hizo más alegre y locuaz.

Le chispeaban los ojos en la semioscuridad y le brillaban mucho los labios.

—Tú, como todos, dirás que soy la viuda alegre, ¿no?

—Eres Geraldine.

—Sí, pero lo que tú estás tratando de averiguar es si yo maté a Claude para heredarle.

¿No es cierto?

—He de descubrir quién ha sido.

—¿Por qué, si no has podido demostrar aún que el asesinato se produjera? Fue muerte natural.

—Antes no estaba seguro.

—¿Y ahora?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque han tratado de matarme.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿El accidente?

—Sí, alguien ha pretendido abrasarme vivo, pero ha fallado.

—¿Quién ha sido?

—Lo ignoro. Una voz femenina y aniñada me ha tendido la trampa y yo me he metido en ella con coche y todo, un charco de gasolina al que han prendido fuego mientras yo estaba encima.

—¡Qué horror!

—¿No sabes quién puede ser la chica de la voz aniñada que parecía un bomboncito? Bueno, con la voz se imaginaba uno el resto.

—Pues no, no lo sé.

—Si han tratado de asesinarme es que voy caliente, caliente, caliente.

—¿De veras? —musitó ella, acercando sus labios a la boca de él, tanto que Jean sólo tuvo que mover un poco la cara para poder besarla.

Geraldine, que había provocado la caricia labial, se entregó a ella sin violencia pero con mucha sensualidad. Estaba experimentada, no cabía duda. Sabía jugar con sus labios, con los dientes, con la punta de su coqueta lengua.

En el «Porsche» amarillo la llevó a un pequeño hotel próximo a la frontera italiana. Quinientos francos proporcionaron a Jean la mejor *suite* mirando al mar, sin preguntas ni sonrisas de complicidad. Doseientos más, hicieron que les subieran una botella de champaña a la habitación.

Geraldine se enfrentó con la pequeña terraza de la *suite* y miró el mar, que a altas horas de la madrugada brillaba.

—Es hermoso, muy hermoso.

Mientras ella soltaba sus cabellos, Jean se le acercó por la espalda y le desabotonó el vestido.

—Si mi coche pudiera pensar, diría que no es tan hermoso, que se va a oxidar. Geraldine movió sus caderas sensualmente.

—Eres un canalla, Jean.

—¿Por qué?

—Estás tratando de seducirme.

—¿Yo? Creí que me estabas seduciendo tú a mí...

Ella se volvió. El vestido había caído en parte y su busto quedaba al desnudo, alto y redondo, con los pezones erguidos. Geraldine le puso las manos sobre los hombros y casi riendo preguntó:

—¿Y pensabas llamar a tu mamá?

—Creo que tenía cinco años cuando en una ocasión la llamé.

—¡Qué precoz!

—No; si no tenía enfrente a mi niñera, sino a un chico tres cursos mayor que yo.

—¿Y qué pasó?

—Me dio un puñetazo en la boca y ya no volví a llamar más a mi mamá.

—¿Decidiste actuar por tu cuenta?

—¿Tú qué crees?

Ella cerró los párpados y aceptó la presión de los labios masculinos en las areolas de sus senos.

Con voz ronca, Jean inquirió:

—¿Notas a faltar a Claude?

—No, no era todo lo hombre que cabía imaginar y desear.

—¿Por qué?

—Me quería más para fanfarronear de macho que para...

—¿Y tú tenías un amante?

—No, Jean, por favor, un interrogatorio ahora, no.

Se apartó de él, le dio la espalda y fue hacia la botella de champaña. Se sirvió otra copa, pese a que notaba un ligero algodónamiento que debía comenzar a preocuparla.

Jean la rodeó por la cintura desnuda. Le quitó la copa y se bebió él su contenido.

—Estabas seguro de que terminaría en tus brazos, ¿verdad? —preguntó Geraldine, mirándole directamente a los ojos.

—No, no es eso. La verdad es que no me había imaginado que la viuda Rouvre sería tan joven ni tan hermosa.

Ella le cogió las mejillas con sus manos y le besó en los labios. Se separó y pidió:

—Por favor, deja en paz a Claude, está bien donde está. Era un

mal bicho y remover ahora todo el asunto de su muerte es malo, muy malo. No quiero que saquen el cadáver de su tumba, tendría pesadillas.

—¿En la cárcel o en la cama?

—Eres cínico y cruel. Volvió a besarle.

Poco después, ambos retozaban sobre la cama como unos adolescentes. Los dos sabían muy bien jugar al dulce gozo del amor, pero llegado a un punto, ella le suplicó:

—No, no, más no.

—Si ahora viene...

—Sé lo que viene, pero no; las últimas consecuencias no.

—¿Por qué?

—No sé. Soy una mujer liberal, pero no he tenido amantes en mi matrimonio y ahora me sentiría como adúltera.

—Eres libre, él está en la tumba —rezongó Jean, achicando los ojos, como guardándose una última carta de aquel juego en la manga.

—No, ahora no, por favor.

—¿De veras no te has acostado con ningún hombre después de la muerte de Claude?

—¿No me crees?

—Está bien, te creo.

—Ya hemos jugado.

—Sí, hemos jugado como dos niños, sin comernos lo mejor del pastel.

—¿Te cuesta aguantarte?

—No soy de piedra y tú estás tan deseable que...

—Lo mejor que puedes hacer es darte un duchazo de agua fría.

—¿El segundo remojón de la noche? Ella se echó a reír abiertamente.

—¡Una noche muy pasada por agua!

—Dos veces que me pongo a arder y dos veces que tengo que darme el chapuzón... —Gruñó.

Se levantó de la cama y fue al baño.

Cuando regresó, ya seco, comprobó que Geraldine dormía profundamente; la botella de champaña estaba vacía. Jean admiró aquel bello cuerpo indefenso y por estar indefenso, no osó tocarlo.

Se acostó en la misma cama, era espléndidamente ancha. Se

durmió como si a su lado no estuviera la tentación hecha mujer.

CAPÍTULO VI

La grúa de la barca enrollaba su potente cable en el gran carrete de cubierta mientras toda la embarcación, pesada pero pequeña, temblaba.

El buzo se había liberado de su traje y se enfrentaba con un enorme bocadillo, que parecía dispuesto a engullir.

Jean Ranshell miró la superficie del mar por donde ascendía el cable. Al fin, surgió la carrocería anaranjada de su automóvil deportivo.

A medida que iba saliendo del reino de Neptuno, el coche se veía más y más en estado deplorable. El agua se escurría por los cristales, por los huecos donde debía haber cristales y por el propio capó.

—¿Cómo lo ve? —preguntó Jean Ranshell al técnico en reparaciones de automóviles.

—Mal.

—Al motor, salvo lavarlo, no le sucede nada.

—Habrás que verlo —respondió el mecánico.

—Un poco de chapa, pintado, cristales, gomas, embellecedores y lavado interior para quitarle la sal.

—Si no hay que tocar motor, no le bajará de veinte mil francos.

—¿Pintado incluido?

—Sí, claro, no robamos a nadie.

—Adelante, pues.

—¿Y la compañía de seguros?

—Ya he dado parte. Téngalo en el taller sin tocarlo hasta que llegue el inspector, pero si pasa más de tres días, empieza; mi abogado se encargará del resto.

—De acuerdo, si se hace responsable.

—¿De la factura?

—Naturalmente.

—Sí, claro que me hago cargo de la factura.

—Ya sabe, las aseguradoras tardan en pagar. Usted me paga a mí y cuando el seguro me pague a mí, yo le entrego a usted el cheque para que lo ingrese en su cuenta.

Jean sabía que, de esta forma, él pagana la diferencia entre lo que iba a pagar la aseguradora y lo que cobraría el taller, y también cargaría con el retraso habitual con que las aseguradoras realizaban sus pagos.

De todos modos, aceptando aquel especial sistema, el mecánico le dejaría muy a punto y pronto el automóvil que le era necesario, aunque por el momento disponía ya de un «Porsche 924».

El coche deportivo fue depositado sobre la plana y amplia cubierta de proa. El técnico se acercó a él, abrió la tapa del motor y lo examinó con cuidado. Después volvió a cerrar.

—Tenía razón, el motor está bien. Un lavado a presión con agua potable y detergente, más agua y después, petroleado. No habrá excesivo problema, lo que sí resultará muy entretenido es limpiar todo el sistema eléctrico.

—Está bien, no me lo cuente. Veinte mil francos y déjelo como nuevo. El técnico le tendió la mano y ambos las chocaron.

La barcaza de rescate inició su regreso a los muelles, mientras el buzo concluía con su bocadillo.

Jean Ranshell se dijo que veinte mil francos era mucho dinero, en la ruleta no había ganado tanto.

La barcaza se aproximaba a los muelles cuando Jean Ranshell sufrió un violento dolor en un muslo. Se llevó la mano a la parte afectada y la sacó manchada en sangre.

Rápidamente, lanzó una ojeada en derredor y escuchó otro silbido. El impacto dio en cubierta.

Se lanzó al suelo. Nadie se había percatado de lo ocurrido, pero él se parapetó tras el carrete de la grúa, tratando de descubrir en tierra el lugar desde donde le habían disparado, lo que resultaba materialmente imposible. Residencias, árboles, yates... Todo era variopinto y hermoso en Mónaco, pero nada que pudiera indicarle desde dónde le habían disparado.

—¿Qué le sucede, *monsieur* Ranshell? —preguntó el patrón del

remolcador de rescate.

—Me he herido —mintió.

—¡*Mon Dieu!* —exclamó el patrón, y llamó a otro de los tripulantes.

Le hicieron una cura de urgencia. El técnico mecánico, mirando la herida por encima, opinó:

—Ha tenido que ser el cable.

—Sí, seguro, una rozadura con el sedal del cable —admitió Ranshell, que no deseaba dar parte a la policía de lo ocurrido.

Con la punta de una navaja, consiguió sacar uno de los proyectiles que le habían disparado, el que quedara incrustado en la madera.

—Le llevaremos a la clínica.

—No, no es nada grave —dijo Jean que con la pierna vendada podía caminar—. Dejo el coche en sus manos —le dijo al mecánico.

—Le quedará como nuevo, y que se termine su mala suerte, *monsieur* Ranshell. Jean sonrió, sarcástico.

A bordo del «Porsche» amarillo se dispuso a recorrer los veinte kilómetros que le separaban de Niza por la R. N. 564, más conocida por la Mediana Cornisa.

Cruzó la frontera francesa y rodó hacia Niza. Una vez en la bella ciudad gala, buscó la residencia del doctor , dirección que le proporcionara la propia Geraldine.

El médico vivía en una calle empinada de la ciudad vieja, en la orilla este del río Paillon.

—No está —le dijo la mujer de aspecto magro y antipático que custodiaba la casa.

—¿Es usted su esposa?

—No, no soy su esposa. El doctor Ambroisie ahora está en...

—Es igual donde esté. Yo le espero aquí dentro.

Pese a las protestas de la mujer, Jean Ranshell entró en la residencia cojeando y se dejó caer en un sofá.

—Llamaré a la policía si no se va.

—Es preferible que telefonee al doctor. Dígame que soy un recomendado de la viuda Rouvre. Ah, después de llamar, sírvame un café cargado.

La seca y estirada mujer resultó una enfermera. Tras telefonear, al poco regresó con una taza de café. Hasta se esforzó por esbozar

una sonrisa en sus labios, lo que debió de costarle un gran esfuerzo a juzgar por el rictus de su cara.

El doctor era un hombre alto y pesado. Hubiera podido interpretar bien el papel del comisario Maigret de las novelas policíacas del belga Georges Simenon.

Debía rondar los sesenta años, pero como era albino, apenas se notaban los años en sus cabellos, entre otras cosas porque conservaba muchos sobre su cabeza.

—¿Con qué se ha hecho esta herida? —preguntó, mientras Jean Ranshell permanecía tendido sobre la camilla de la clínica privada que el doctor Ambroisie tenía en su propia residencia.

Jean, sin pantalones, con las manos cruzadas tras la nuca, contestó:

—El patrón del remolcador dice que con el cable de la grúa.

—Es una herida en sedal y con quemadura por velocidad de rodamiento.

—¿Y eso es malo?

—No se haga el tonto, *monsieur* Ranshell.

—Oiga, ¿por qué no le dice a su enfermera de película que nos deje solos?

El doctor miró a su enfermera particular, que a la vez hacía el papel de ama de llaves, y le bastó un gesto para que ella, soltando un bufido, saliera de la estancia.

—Con eso de llamarla enfermera de película la ha ofendido.

—Yo creí que la halagaba. En las películas salen siempre unas enfermeras que curan al enfermo con sólo enseñarle el muslo o el tetamen.

—Es usted muy sarcástico, debería ser más piadoso con la fealdad del prójimo.

—No, ni soy de la opinión que no hay hembra fea; sólo que algunas y también algunos son antipáticos, me caen gordos y en eso no hago distinción de sexos.

Después de vendar y marcharse al lavamanos, inquirió:

—Es un balazo, ¿verdad?

—Es lo que he supuesto; no he visto a nadie disparándome.

—¿Ha sido en Francia o en Mónaco?

—En Mónaco. Los del remolcador han creído que era cosa del cable que me ha producido la rozadura. Nadie más sabe que es un

balazo, salvo el hijo de perra que me ha disparado.

El médico se secó las manos con la toalla, enfrentándose a Jean Ranshell, que se calzó los pantalones, pero seguía junto a la camilla.

—Por suerte, es un balazo leve, una herida que no ha profundizado ni ha tocado nada importante. Sólo hay que evitar que se infecte, aunque la cicatriz le va a quedar para toda la vida.

—Eso no importa, no soy una chica de conjunto que ha de enseñar sus muslos para ganarse las alubias.

—*Monsieur* —dijo, sentándose en una butaca tras la mesa metálica—, usted no ha venido por esta herida; le veo muy capaz de curarse solo, no es una lesión importante. De serlo, no habría podido caminar.

—¿Qué puede decirme de la muerte de Claude Rouvre?

—Al fin se ha disparado...

—Geraldine le habrá hablado de este asunto, supongo. El médico suspiró.

—Me preguntó qué posibilidades había de que me equivocara en mi diagnóstico sobre la muerte de *monsieur* Rouvre.

—¿Y qué posibilidades había?

—Ninguna.

—¿Por qué esa aplastante certeza?

—Porque *monsieur* Rouvre era un cardíaco crónico.

—¿Seguro?

—Completamente. Tengo todo su historial, que puedo entregar a la justicia si es necesario.

—¿Desde cuándo estaba enfermo?

—Si se trata de poner en duda mi honestidad profesional, lo siento por usted porque hará el ridículo. La muerte fue por fallo cardíaco y Claude Rouvre era un enfermo cardíaco, ya se lo he dicho, desde hace unos tres años, quizá algo más. Como el paciente está muerto, le diré que la culpa de su cardiopatía la tuvo un foco aséptico que no recibió la debida atención en su momento, de modo que si trata de ponerme en ridículo ante la justicia de mi país, lo sentiré por usted porque luego le demandaré por calumnias.

—No es un asunto personal, doctor; pero alguien dice estar seguro de que la muerte de Claude Rouvre pudo ser un asesinato, y por lo que esa persona me dijo y usted acaba de contarme, me cercioro más en la hipótesis, por el momento no comprobada, de

que Claude Rouvre fue asesinado.

El médico no disimuló su asombro.

—¿Por qué se reafirma en su idea después de hablar conmigo?

—Doctor, si exhumaran el cadáver y le hicieran la autopsia, ¿podrían comprobar que Rouvre, en vida, sufría una cardiopatía?

—Como el entierro no está muy lejano, creo que sí. Todos los cuerpos no se descomponen con la misma velocidad, también depende del tipo de ataúd en que han sido sepultados. Si están en la tierra y la humedad se filtra en el interior de la caja, la duración del cadáver es inferior. De todos modos, creo que en el caso que nos ocupa su víscera cardíaca podría examinarse ahora y dentro de un par de meses.

—Puede que una semana sea suficiente.

—¿Quiere decir que se reafirma en que no estaba enfermo?

—Sí, eso quiero decir.

—No le voy a tolerar que ponga en duda mi profesionalidad. El caso era claro, tengo electrocardiogramas, fonocardiogramas, radiografías, etcétera. ¿Va a poner en duda todo ese material?

—Doctor, usted puede tener todo lo que dice, pero ¿y si le hubieran engañado?

—¿Engañado, cómo? Ésa es una enfermedad tan clara que no se puede simular, es imposible.

—No, no me refiero a simular la enfermedad.

—¿Entonces?

—El cadáver.

—¿El cadáver? ¿Qué pasa con él?

—Que quizá no sea el que debiera ser.

—¿Qué dice? ¿Se atreve a insinuar que yo no conocía bien a Claude Rouvre? Fui su médico de familia durante años y años, ese engaño es imposible. De no haberle conocido, quizá el certificado hubiese sido más estricto. Sabiendo la enfermedad que padecía, no cabía dudar el diagnóstico. En cuanto al cadáver de Claude Rouvre, era imposible que me equivocara, salvo que tuviera un hermano gemelo.

—¿Y sabe usted si no lo tenía?

Ante aquella respuesta, el médico quedó desconcertado y parpadeó, no sabiendo qué añadir.

CAPÍTULO VII

Cuando Petrovich iba a llevar a sus labios el contenido de un vaso de *whisky* con soda, recibió un golpecito seco en el codo que hizo que el licor, en vez de ir a su boca, fuera a su rostro, cuello y el resto del impecable traje.

Petrovich se revolvió iracundo. Junto a él, ligeramente detrás, descubrió a Jean Ranshell.

—¿Molesto? —le preguntó el joven, sarcástico.

—Hijo de...

—Phts, podría costarte un diente el acabar la frase.

Petrovich comenzó a sacudirse. Se sentía ridículo allí, en medio de una de las terrazas más elegantes de Montecarlo. El camarero se le acercó con un sifón.

—¿Le hace falta, *monsieur*?

—No, gracias.

El camarero miró a Jena Ranshell, y creyendo que era una broma pesada entre amigos, decidió retirarse.

—Si deseas darme un puñetazo, puedes intentarlo.

—Te crees capaz de hacer lo que te venga en gana, ¿verdad?

—Anoche quisieron abrazarme vivo.

—No sé de qué me hablas.

—Esta mañana me han tiroteado.

—Sigo sin saber de qué me hablas.

—Por suerte para mí, todavía estoy vivo; pero algo me dice que no debo seguir tentando a la suerte.

—Si tienes algo contra mí, Cuéntaselo a la policía y déjame en paz, porque si no lo haces...

—Ya. Contratarás a unos matones en Niza o Marsella para que me rompan unos cuantos huesos.

—Es posible.

—Espera, no te vayas.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Cuando me dijiste que había alguien más cerca del festín que significaba la muerte de Claude Rouvre, ¿quién era?

—Vaya —sonrió despectivo—. De modo que el listo de Ranshell no lo ha averiguado aún...

—Estoy en ello, pero puesto que tú has soltado la liebre, debes decirme de qué color es.

—No pienso decirte nada.

—¿Ni el nombre de tu joven amante? Petrovich palideció.

—¿Qué dices?

—Tienes una amante, ¿no?

—Cualquier tipo con pasta, buen gusto y algo importante entre las piernas, se acuesta con una mujer.

—Es que tú tienes una esposa en París y una amante en Mónaco.

—¿Quién te ha contado que estoy casado?

—Ya ves, algunas cosas las averiguo.

—No podrás chantajearme, Jean. Me importa un rábano que le cuentes a mi mujer que tengo una amante o diez. Después de todo, si tengo dinero para pagarme los placeres, no voy a prescindir de ellos. ¿O es que crees que gano el dinero para dejarlo como herencia cuando me muera? Anda ya... ¿Acaso tengo cara de idiota?

—Puede que conozcas a diez a cien chicas, pero hay una en especial que tiene la voz añorada y que debe interesarte más que las otras.

—¿Y qué?

—Puedo acusarla de intento de asesinato.

—No me digas.

—Lo malo es que si la acuso a ella, puedes ir a parar tú ante el juez.

—¿Por qué? ¿Por intento de asesinato? —replicó, elevando la voz.

—¿No te importa que te oigan?

—No, y ya estoy harto de que te metas conmigo.

—¿Cómo se llama la chica?

—¿Qué chica?

—No seas idiota, tu amante.

—Daphne. ¿Piensas acostarte con ella también?

—No, no, yo no suelo pagar.

—Cuando tengas unos años más, me repites eso.

—¿Dónde puedo encontrar a Daphne?

—¿Para qué?

—Sólo quiero hacerle unas preguntas. ¿No te han contado que un coche incendiado cayó al mar?

—Sí.

—Pues el que iba dentro era yo y la broma va a costarme veinte mil francos. La compañía de seguros, si averigua que el incendio del coche fue intencionado, querrá movilizar a la policía. Por cierto, ¿dónde estabas ayer a las once de la noche?

—En la cama.

—¿Con Daphne?

—Sí. ¿Por qué?

—Es muy gracioso. A esa hora, Daphne estaba junto al Museo Oceanográfico. Por cierto, ¿sabías tú que Claude Rouvre estaba enfermo del corazón?

—En absoluto, me enteré en el momento de su muerte.

No lo hubiera sospechado jamás. Llevaba muy bien su dolencia.

—¿No se le notaba?

—No. Geraldine me contó que Claude hacía tiempo que estaba enfermo y que lo mantenía en secreto, pero al morir se lo reveló el doctor Ambroisie.

—Tú nunca parece saber nada, es como si estuvieras viajando por el espacio, Bien, Petrovich, ¿dónde puedo hablar con Daphne? Si es cierto que no tiene nada que temer, deja que hable con ella. Después de todo, más tarde o más temprano daré con la chica.

Petrovich, que miraba a Jean Ranshell a través de los cristales transparentes e incoloros, cerró la boca y respiró fuerte por la nariz, sus aletas se movieron visiblemente. Al fin, separó los labios para decir:

—Puedes encontrarla en...

CAPÍTULO VIII

Daphne exhibía con gusto su casi total desnudez en el pequeño plato fotográfico. Giraba y giraba sobre sí misma cambiando las posturas, mirando con ojos cargados de sensualidad y boca prometedora. Ni ella misma sabía para qué serían utilizadas las fotografías que le estaban tomando en aquel momento, quizá recorrerían el circuito internacional de fotos eróticas para revistas o serían utilizadas para anunciar cualquier producto, ella no sabía cuál.

Clic, clic, clic...

Las máquinas fotográficas, pues colgaban tres del cuello del melencólico fotógrafo, no cesaban de ser disparadas como si contuvieran en sus carretes rollos inacabables.

Jean Ranshell observaba casi desde la oscuridad, pero tenía la impresión de que los ojos sugestivos y excitantes de la joven le llamaban, ofreciéndole algo espléndido.

—Basta por hoy, encanto —le dijo el fotógrafo.

Ella cogió una larga bata transparente y se la puso encima. El fotógrafo se volvió hacia Jean, ambos se conocían.

—Tú no eres un buscaniñas, ¿para qué la quieres?

—Estoy investigando un caso y deseo hacerle unas preguntas.

—Si se pone tonta, déjala. Son muy caprichosas y luego, si se molestan, no vuelven por el estudio, especialmente cuando son como Daphne, que tiene quien la mantenga.

—No temas, no te asustaré a la paloma.

Daphne se había sentado en una silla frente al espejo del camerino y con coldcream comenzaba a quitarse los excesos de maquillaje que había realzado su rostro y sus pezones. Ir de aquella forma por la calle era llamar la atención.

—Hola —dijo ella, al verle a través del espejo, sin volverse.

—Soy Jean Ranshell.

—Lo sé.

—¿Me conoces?

—Un amigo me ha dicho que vendrías a verme. Te advierto que mi vida está muy cara y no hago favores gratis.

—No temas, no vengo pidiendo regalos ni favores.

—¿Entonces...?

Jean Ranshell se había llevado una pequeña decepción al oír la voz de Daphne. Era una voz agradablemente ronca, no era la voz aniñada que oyera por teléfono.

—¿Conocías a Claude Rouvre?

—Sí, no mucho, pero sí.

—¿Te acostabas con él?

Daphne se volvió para mirar a Ranshell directamente.

—¿Te importa?

—No.

—¿Por qué lo preguntas, pues?

El hombre suspiró. Tuvo la impresión de que aquella entrevista no le iba a dar ninguna pista y se estaba poniendo indiscreto con aquella belleza.

Sacó un cigarro, se lo puso entre los labios y le prendió fuego. Lo pasó a la boca de Daphne, que no lo rechazó.

—Disculpa, creo que no he debido hacerte esa pregunta; me he pasado. Mientras Jean encendía otro cigarrillo para sí mismo, Daphne, sin apartar sus ojos del rostro masculino, hizo un gesto con el brazo y un pecho quedó al desnudo. No le importó, porque no hizo nada para cubrirlo.

—Perdona, creo que he sido un poco brusca contigo. Me da la impresión de que buscas algo, pero vas un poco despistado.

—¿Intuición femenina?

A través del humo, de pie, mientras ella continuaba sentada, Jean vio varias fotografías sobre el tocador. En alguna de ellas estaba Daphne con otra chica más joven, algo más delgada y más baja. Terminó por alargar la mano para coger uno de los cuadritos donde las dos muchachas, desnudas, se hallaban enlazadas por la cintura.

—¿Tu amiga?

—Es Mireille, mi prima. No pienses mal, la postura de la foto es sólo asunto de trabajo.

—Ya. Tú eres un poco más hermosa que ella.

Daphne apartó el cigarrillo de sus labios y se rió ligeramente, mostrando unos dientes perfectos. En realidad, se reía de sí misma.

—Tú pensarás eso, pero ella tiene más suerte que yo.

—¿Por qué?

—Verás, yo tengo amigos. Pagan, no faltaría más, ya que rajan el pastel con sus navajas, pero Mireille es otra cosa. Ella ha conseguido dinero, bastante dinero.

—¿Un pagano rico?

—Sí, un pagano que se fue al mundo de los muertos.

—¿Le dejó herencia?

—No sé cómo lo ha hecho, pero ha sabido sacar partido. Ha dejado el trabajo de modelo fotográfica y creo que quiere dedicarse al cine. Como tiene pasta para pagarse vestidos y fiestas, podrá acudir a todos los lugares donde vayan los productores hasta que al fin se fijen en ella. Cuando no se tiene dinero, ese tren no se puede aguantar y una no se puede hacer la interesante. Suplicar a la salida de los cócteles y cenas es humillante; te llevan a la cama y al día siguiente ni se acuerdan de ti. Por cierto, ¿no preguntabas antes por Claude Rouvre?

—Sí.

Daphne volvió a reírse.

—Ése era el pagano de Mireille. Jean se fijó más en la foto.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—No sé, hace más de dos semanas que no la veo.

—¿Y su dirección?

—No, si ya digo yo que ella es una chica de suerte... Te advierto que en ocasiones también soy caprichosa.

Alargó una mano para coger el cinturón de los pantalones de Ranshell.

—Tranquila, guapa. El fotógrafo melenudo, al que conozco muy bien, sería capaz de fotografiarnos en plena diversión y luego vendería las fotos a alguna revista «porno».

Los tipos como él no tienen más escrúpulos que el dinero.

—Si me esperas, te llevaré frente al apartamento de Mireille.

Se volvió de nuevo hacia el espejo para seguir quitándose

maquillaje tras soltar el cinturón y los pantalones masculinos.

—Dame la dirección, tengo prisa.

—Granuja. ¿Volverás a verme?

—Es posible.

—La encontrarás... —Le dio las señas, eran cortas y no era fácil olvidarlas—. Es algo fría. Si necesitas calor de hembra, búscame a mí. Ya te he dicho que hay ocasiones en que soy caprichosa.

—Gracias.

Se inclinó y la besó suavemente en los labios.

Notó las manos acariciantes de la mujer en su cuerpo y la dejó hacer. Luego se alejó mientras ella reía. Realmente era provocativa y fogosa, no parecía tener ningún tipo de inhibiciones.

En el «Porsche» amarillo se dirigió a casa de Mireille.

En el ático de un pequeño edificio al este de Niza, mirando al mar y recibiendo en su terracita privada el sol mediterráneo del mediodía.

A la derecha, algo lejano, se divisaba el famosísimo Paseo de las Palmeras.

Cuando llamó al timbre del portero electrónico, oyó una voz femenina que reconoció de inmediato.

—¿Quién es?

—Abre, Mireille.

—¿Quién es? —insistió ella.

—Sé quién eres, sólo trato de hablar contigo.

—¿Cómo se llama? —preguntó, nerviosa.

—Jean Ranshell.

La voz femenina enmudeció. Jean tuvo la impresión de que se había apartado del contestador, pero sonó el ruidito que abría la puerta.

El edificio tenía cuatro plantas y carecía de ascensor.

Jean no tardó en llegar frente a la puerta de Mireille. La chica debía estar aguardándole, porque franqueó la puerta sin necesidad de llamar.

—¿Cómo me has encontrado?

—No soy cazador de palomas, pero si llega el caso no lo hago mal. Bonito nido, es muy confortable.

—No es muy grande.

—Pero aquí donde está, con la terraza y sin ningún edificio

pantalla entre tú y el mar, será caro.

—¿Qué pretende?

Había cerrado la puerta, Ranshell se acercó a la terraza y viendo que las barandas estaban cubiertas, se sentó en una butaca. Había una tumbona plana y ancha, tenía unas manchas y preguntó:

—¿Es aquí donde te pones morena al desnudo?

—Oiga, Ranshell, yo no tuve nada que ver...

—¿Con qué?

—Con lo que sucedió, el fuego, ya sabe. No me creerá, pero es así.

Jean le miró. Bajo la blusa camisera, ella sólo llevaba el monobikini. Obviamente, tenía mucho menos pecho que Daphne, era toda ella más delgada, de caderas más escurridas. Decididamente, era más aniñada, aunque tampoco podía decirse que fuera una niña por la edad. Posiblemente, Mireille, aunque fuera una mujer madura, seguiría teniendo un aspecto aniñado, incluida la voz.

—A mí me dio la impresión de que me hacías caer en una trampa. Tuve suerte, no perdí la vida ni sufrí quemaduras que me dejaran convertido en un monstruo para toda la vida, pero el arreglo del coche no me bajará de veinte mil francos.

—Yo no sabía nada...

—¿Ah, no? ¿Y quién me citó para que pusiera las cuatro ruedas sobre un pavimento empapado de gasolina?

—Sí, yo te llamé, pero no sabía que te hubieran tendido una trampa.

—¿Y cómo lo explicas?

—Me espían.

—¿Quién?

Mireille, visiblemente nerviosa, giró sobre sí misma como buscando algo que no encontraba.

—¿Quieres un *whisky*?

—Con una limonada paso.

Ella fue hacia el refrigerador y le sacó una limonada. Para ella misma se sirvió un *whisky* doble.

—Si continúas bebiendo así, terminarás mal.

—No me hace nada un poco de *whisky*.

—Todos los alcohólicos dicen lo mismo. Todavía no me has

dicho quién te espía.

—Igan.

—¿Igan? De ese personaje todavía no me ha hablado nadie.

—Es peligroso.

—¿Por qué?

—Tiene poderes; además, es muy astuto.

—¿Qué clase de poderes?

—Puede hipnotizar.

—¿Es un médico?

—No, un brujo espiritista. Ha estado varias veces en presidio, no sólo en Francia, sino también en Estados Unidos, de donde fue expulsado.

—Vaya con el tal Igan... Sólo faltaba un brujo espiritista en todo este enredo.

Ella se tendió en la tumbona. Se abrió la camisola y dejó que el sol bañara su cuerpo mientras se ponía unos protectores para los ojos para hablar sin ver. A partir de aquel instante, habló a Ranshell con mayor naturalidad.

—¿Sabías que yo tenía algo que ver con Claude Rouvre?

—Sí, sabía que tú eras su amante, lo que me extraña, porque mis referencias son de que era un tipo digamos de escasa potencia sexual.

—Sí, no era muy poderoso, por eso yo le gustaba; le atraía mi aspecto aniñado. Si de diez visitas, una vez conseguía lo que buscaba, era mucho, pero le gustaba jugar y yo jugaba.

—Un tipo para el psiquiatra.

—Cada cual tiene sus manías y Claude podía pagar por ellas.

—Tengo entendido que te pagaba bien.

—Sí, me compró este apartamento y otras cosas.

—Lo que quiere decir que cobraste tu herencia en vida.

—Nunca imaginé que llegara a morir tan pronto.

—Háblame de Igan, y tranquila, no voy a comerte ni a pasarte la factura de la reparación de mi coche.

—Tuvo que ser Igan, seguro, aunque no lo vi. Sólo vi el fuego y me asusté. Huí aprisa, creí que estabas muerto.

—Claude era un jugador nato, lo mismo que su padre, y como jugador, muy supersticioso. Por ello, cuando en una reunión conoció por casualidad a Igan, le convirtió en su amigo predilecto.

Bueno, es un decir, porque Igan, a partir de aquel momento, pasó la nómina a Claude. Le hacía presagios, el horóscopo diario y otras estupideces por el estilo. Yo sabía que Igan era malo y astuto; en una ocasión, vi cómo hipnotizaba a una mujer y le hacía cometer bellaquerías nauseabundas; no quiero ni recordarlo. A partir de aquel momento, aborrecí a Igan y no me extrañó que hubiera estado en la cárcel de varios países. Cuando Claude lo comentaba, se reía y no le daba importancia.

—¿Relacionas a Igan con la muerte de Claude?

—No me cabe la menor duda.

—¿Por qué?

—Todo ocurrió la noche en que Claude fue asesinado.

—¿Asesinado?

—Sí, no cabe otra explicación.

—¿Por qué?

—Claude estaba bien cuando le dejé, aquí mismo.

—¿En este apartamento?

—Sí. Yo bajé a buscar un encargo y cuando regresé vi llegar el coche grande de Claude.

—¿El «Mercedes» Embajador?

—Sí. Descendieron Geraldine, su mujer, e Igan.

—¿Y el chófer?

—¿Valery?

—Sí.

—Estaba al volante y él no subió al principio. Igan y Geraldine subieron al auto. Luego, Geraldine bajó precipitadamente mirando a un lado y a otro, temiendo ser descubierta, sin saber que yo la observaba. Habló con Valery y éste cogió una manta. Subió con ella al apartamento y al poco volvieron a bajar los tres llevando el cuerpo de Claude envuelto en la manta. Geraldine fue la primera en salir a la calle y cuando se aseguró de que no pasaba nadie, le hizo una seña y sacaron el cadáver de Claude del edificio. Lo metieron en el coche y luego se fueron.

—¿Cómo sabías que se trataba de un asesinato?

—Por la forma de colgar brazos y pies. Claude estaba muerto, lo supe en aquel mismo momento y cuando subí al apartamento olía endiabladamente a las hierbas que utiliza Igan cuando hace sus sesiones de espiritismo.

—En una sesión pudo sufrir un *shock* cardíaco, un infarto, vaya.

—No, no. ¿Cómo iban a celebrar aquí una sesión?

—¿No has dicho que olía a hierbas?

—Sí, y a cera, y encontré la vela negra. No es una vela corriente, sólo puede tenerlas el propio Igan porque él las hace a mano. Dios y el diablo saben lo que mete en ellas para que apesten tanto.

—¿Y dónde está esa vela?

Mireille se levantó de la tumbona. Se acercó al armario de los zapatos y del interior de una caja sacó un trozo de vela de casi un palmo de larga y también una hoja de papel.

—La verdad es que no sabía si enviar esta confesión que te he hecho a la policía.

—¿La confesión? —preguntó Jean, mirando el folio firmado.

—Sí, pero como yo era la amante de Claude creí que sería peor, que no me harían caso o que me encerrarían a mí en vez de a su mujer, que es la asesina. Ella le odiaba y utilizó a Igan para deshacerse de Claude y quedarse con todo, porque sabía que en vida me estaba dando mucho a mí. Supo encontrarlo aquí y debió decírselo al endemoniado Igan. Maldita la hora en que Claude me lo presentó.

—¿Te extorsionó?

—Trató de sacarme dinero y...

—Quiso su parte en la cama.

—Sí, es un cerdo. Claude le mantenía y encima quería acostarse conmigo.

—¿Lo consiguió?

—Bueno, una vez me hipnotizó. No supe lo que ocurrió, cuando desperté estaba aquí, y luego, cada vez que el condenado Igan llamaba por teléfono, se reía.

—Comprendo.

Jean leyó la confesión sosteniendo el cabo de la vela con la otra mano. Cuando terminó de leer, olfateó la vela y opinó:

—La verdad es que huele a huesos podridos.

—Sí, creo que busca huesos humanos, no sé dónde los encuentra. Los seca luego al fuego, los tritura y después... En fin, no puedo soportarlo. Sabía que Igan traería la mala suerte.

—La confesión es exactamente lo que me has dicho.

—No sabía a quién dársela, ya te he dicho que la policía me da

miedo. Pensé en ti y por eso te cité.

—¿Quién te dijo que a mí podría interesarme?

—Petrovich.

—¿Le conoces?

—Sí. En ocasiones habíamos salido de viaje Claude, Petrovich, mi prima Daphne y yo. Petrovich me dijo por teléfono que tú investigabas el posible asesinato de Claude y me preguntó si yo sabía algo.

—¿Qué le respondiste?

—Que no. No me fío de Petrovich.

—Haces bien. El me contó que con la muerte de Claude alguien más podía resultar beneficiado. ¿Ese alguien podías ser tú?

—¿Yo? Si ganaba más cuando él vivía.

—A su muerte, ¿te quedó algo?

—No.

—Entonces, ¿por qué me diría eso?

—Petrovich es un tipo muy receloso y se creía con el derecho de ser el único que exprimiera a Claude.

—Bien, bien, esta confesión no está nada mal.

—Claro que no está nada mal. Geraldine dijo que Claude murió en la cama de su residencia y eso es falso. Ella es la asesina. Claude le limitaba la cuenta bancaria para que no gastase lo que le viniera en gana. Ella lo quería todo.

—Pues veo que a ti no te falta de nada; televisor en color, magnetoscopio...

—Claude hubiera acabado divorciándose de Geraldine para casarse conmigo, me lo decía muchas veces. Su boda había sido una equivocación, ella es demasiado mujer para lo que él deseaba.

—Creo que con los datos que tú me das y otros que tengo yo, podré solucionar pronto este caso.

—¿La arrestarán pronto?

—Aún no es seguro de que Geraldine sea la asesina.

—¿Y quién si no?

—Antes de hacer nada, deseo conocer a ese extraño personaje llamado Igan.

—Vive en un lugar muy raro. Yo puedo llevarte hasta él; pero no quiero que me vea, le tengo miedo.

—De acuerdo, no te verá.

—¿Llevas coche?

—Sí.

—Lo preguntaba por lo que te pasó.

—Es uno de los asuntos que tengo que preguntarle a Igan.

—¿Cuál es tu coche?

Mireille se asomó a la terraza.

—Un «Porsche» amarillo.

—¿El «Porsche» amarillo? Si es de Claude...

—Era, ahora pertenece a Geraldine.

—Maldita zorra asesina... Espérame abajo, en menos de un minuto estaré contigo.

—Bien.

—Será mejor que vayas hasta el final de la calle, allí verás una cabina de teléfono; espérame.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que me espían y no quiero que me vean contigo, tengo miedo. Si asesinaron a Claude, también pueden matarme a mí para que no hable.

—De acuerdo, de acuerdo, te esperaré en la cabina.

Subió al coche y se dirigió adonde la muchacha le indicara. Ella apareció media hora más tarde.

—He tenido que dar un rodeo —dijo, casi resoplando.

—Está bien, tú dirás por dónde vamos.

—Hacia el norte, ya verás la carretera. Luego saldremos a una comarcal. Igan se compró una casa vieja y vive en ella solo con sus porquerías y algunos animales. Jamás comprendí por qué le caía en gracia a Claude.

Jean Ranshell pisó a fondo el acelerador y dejaron Niza atrás.

CAPÍTULO IX

Ciertamente el lugar donde Igan habitaba no era en absoluto agradable.

Se hallaba al fondo de un paraje rocoso, de vegetación baja y espinosa, con unos pocos árboles dispersos. El sol era muy fuerte allí, el calor se hacía notar.

—Puedes quedarte en el coche —le propuso Ranshell.

—No, no quiero que me vea. Bajaré del auto y esperaré aquí.

—Como tú digas. Quizá no esté en casa.

—Si está. Allí veo su coche, un «dos caballos», casi debajo de aquel árbol.

—Protégete a la sombra de ese árbol —le propuso Ranshell, y la muchacha se apeó. Ranshell le lanzó un vistazo viendo que la muchacha se protegía del implacable sol y descendió por el abrupto camino hasta detenerse frente a la casa. Tres perros salieron a ladrarle, rodeando el vehículo.

Tocó los claxonazos para evitar que las mandíbulas de los canes le rasgaran las perneras de los pantalones.

No tardó en aparecer un hombre de estatura media, muy delgado, y con ojos tremendamente redondos, grandes y saltones. Miraba con notable fijeza.

—¿Qué busca aquí? —inquirió bronco, desconfiado.

Ranshell, que había bajado el cristal de la ventanilla, preguntó a su vez:

—Usted es Igan. ¿Verdad?

—Sí.

—Quiero hablar con usted —dijo, y salió del coche.

Los perros continuaron ladrando, pero no le mordieron. Igan ni se movió de la puerta de aquella vieja casa que más parecía una

tapadera para un nido de escorpiones.

—¿Por qué quiere hablar conmigo?

—Me han contado que usted es capaz de hipnotizar con mucha facilidad.

Siempre en el umbral de la puerta, como impidiendo el avance de Ranshell, Igan gruñó:

—¿Quién se lo ha dicho?

—Eso no importa. ¿Es usted capaz o no?

Al hacerle la pregunta por segunda vez, Ranshell le mostró unos billetes que Igan atrapó de inmediato.

—Sí.

—Cuando a una persona se la tiene hipnotizada, ¿qué se le puede hacer sin que luego lo recuerde?

—Muchas cosas, pierde voluntad en favor del hipnotizador, que se convierte en su amo.

¿Desea que le hipnotice?

—No, gracias. ¿Se puede parar el corazón de un hipnotizado?

—Sí, pero no es seguro. ¿Adónde pretende ir a parar?

—¿Por qué no charlamos un poco?

—Está bien, pase —dijo de mala gana.

La casa era de adobe y madera reseca. Parecía mayor por dentro de lo que cabía suponer viéndola por fuera. Olía mal; los perros entraron en la casa pasando por entre las sillas.

Uno de ellos se recostó en una butaca sin quitarle ojo al que consideraban un intruso. En lo alto de una viga, en el rincón más oscuro, había una lechuza tan quieta que no se sabía si era disecada o real.

—¿Quiere algo de beber?

—No, gracias.

—Pues yo si tengo sed. —Se sirvió ajeno y tras tomar el primer sorbo, dijo—: ¿Se cree que soy idiota?

—¿Por qué?

—El coche que está ahí fuera es el de Claude Rouvre.

—Era, ahora es de su viuda.

—¿Lo manda ella?

—Igan, ¿cómo detendría el corazón de un hombre hipnotizado?

—¿Lo pregunta en serio?

—Claro.

—¿Qué intenta demostrar?

—Usted no es tonto, Igan.

—A veces debo parecerlo a juzgar por las preguntas que me hacen —dijo, mirándole fijamente con aquellos ojos tremendamente saltones. Su rostro parecía más el de un insecto que el de un ser humano.

—Supongamos que *monsieur* Claude Rouvre falleció de un ataque cardíaco.

—De eso dijeron que había muerto.

—Sí, es lo que dijeron, pero ¿pudo ser probado el ataque cardíaco?

—Si se detiene el corazón con un golpe de karate, queda la huella de ese golpe.

—No, si se explica que se ha tratado de darle un masaje cardíaco. En esas circunstancias, incluso se llegan a romper costillas con tal de hundir el tórax y que el corazón vuelva a latir.

—Yo no soy médico.

—Igan, creo que usted es capaz de provocar un ataque cardíaco a un hipnotizado.

¿Cómo? Lo ignoro, pero pienso que puede conseguirlo.

—¿Me acusa de asesinato?

—Yo no soy la ley, sólo un investigador privado.

—Claude Rouvre falleció de muerte natural, nadie podrá demostrar lo contrario.

—¿Tampoco nadie podrá demostrar que regaron una calle con gasolina y cuando yo llegué con mi coche y quedé encima le prendieron fuego?

—No sé de qué me habla.

—Igan, es usted muy escurridizo, pero esta vez no se saldrá con la suya. Lo van a condenar para toda la vida salvo que le metan la cabeza en la guillotina.

Igan se echó hacia atrás y comenzó a reír de una forma poco humana; su carcajada era cavernosa y su aliento, tan hediondo como el ambiente de la casa.

—Váyase, no me asusta.

—Igan, podría darle unos cuantos puñetazos y le haría escupir la verdad.

—Si lo intenta, le denunciaré.

—No, no voy a intentarlo, será la policía quien le interroge. Está usted perdido.

—Ya le he dicho que no me asusta —silabeó.

Jean Ranshell se dirigió hacia la puerta. Tuvo la impresión de que aquel hombre estaba terriblemente asustado, pese a que pretendía dar la impresión de lo contrario.

De súbito, antes de llegar a la puerta, como si desde el lugar en que se hallaba sentado Igan hubiera movido un resorte, se desprendió una red del techo. Cayó sobre el sorprendido Jean, que se vio envuelto en la red de pescador.

Se revolvió rápido para quitársela de encima como si hubiera quedado atrapado en una tela de araña y supiese que la araña iba a saltar sobre él de un instante a otro.

Fue tarde. A través de los agujeros de la malla vio a Igan abalanzarse sobre él con un garrote en alto.

Tuvo la impresión de que le partían el cráneo y se derrumbó como un saco dejado ir desde lo alto de la pluma de una grúa.

CAPÍTULO X

La cabeza le dolía terriblemente cuando recuperó el sentido. Era como si le hubieran introducido una brigadilla de martillos neumáticos en su cráneo.

Vio su entorno a través de un agujero de la malla y no le gustó. Quiso zafarse de la red que le envolvía y no tardó en comprender que no le sería fácil escapar. Tras envolverle bien con la red, le habían atado con una cuerda.

Comenzó a moverse como si fuera un salchichón que tratase de escapar del interior de la tripa en que le habían envuelto.

Por suerte para él, la malla de pescador era vieja, con años de salitre encima. Fue rompiéndola poco a poco, lo que le costó horas, hasta que consiguió salir de su envoltorio.

—Hijo de perra —bufó.

Cerca de él vio a un perro. Tenía el lomo partido, posiblemente de un garrotazo. Algo más lejos, descubrió a otro perro con la cabeza rota. Por la boca había dejado escapar sangre que manchaba el suelo.

La lechuza seguía en lo alto; su mirada era ahora más atenta, no se podía olvidar que era carnicera.

Tambaleante, doliéndole la cabeza, Jean salió al exterior.

Anohecía y no experimentaba la más mínima sensación de hambre, sólo una horrible jaqueca.

El «Porsche» amarillo continuaba donde él lo dejara, pero el «Citroën» había desaparecido.

«Supongo que habrá tenido tiempo de cruzar la frontera», se dijo con un largo suspiro. Descubrió entonces al tercer perro sobre una mancha de sangre, sangre que la tierra reseca había absorbido.

—Qué masacre... Menos mal que no me ha dejado igual a mí.

¡Mireille! —exclamó de pronto.

Subió al «Porsche» y dio la vuelta. Conectó los faros y ascendió con fuerza y velocidad por la tortuosa y abrupta pendiente.

Llegó hasta el árbol donde dejara a Mireille con el convencimiento de que ya no encontraría a la muchacha, mas se equivocó, estaba allí, sentada, con los ojos abiertos, mirando a la eternidad.

Un macabro orificio unía sus cejas; por él había escapado la vida de aquella joven de aspecto aniñado.

—¡Hijo de su madre! —rugió Jean.

Cubrió el cadáver con una manta. Allí no había teléfono para llamar a la policía y tuvo que subir al coche y pisar a fondo el acelerador.

Media hora más tarde se hallaba frente al comisario Roldan de la Policía Judicial.

Un sanitario observó la brecha que Ranshell tenía en la cabeza. Le puso mercromina recomendándole:

—Será mejor que se haga una radiografía, puede tener fisura ósea.

Mientras, el comisario Roldan colgó el teléfono por el que había estado dando órdenes.

—Una patrulla se dirige hacia ese lugar del que me ha hablado y si Igan intenta cruzar la frontera, le detendrán.

—Ha tenido que cruzarla.

—¿Por qué no vino antes a contarme lo que ocurría?

—Porque todo podía ser un cuento, necesitaba pruebas y acababan de entregarme la confesión.

—¿Qué confesión?

—Está escrita y firmada por la muchacha asesinada. Ah, aquí está el cabo de la vela que Igan se olvidó en el lugar del crimen.

—Está bien, vamos a investigarlo todo.

—Sí, todo, incluso si la bala que mató a la chica es igual que ésta.

—Le mostró el proyectil.

—¿De dónde la ha sacado?

—De la cubierta de un remolcador cuando estaba en Montecarlo. Me dispararon desde muy lejos y me hirieron en una pierna.

—De modo que jugando a policías y asesinos por su cuenta.

—No va a fastidiarme, comisario Roldan. Yo carecía de pruebas hasta que he venido a verle.

—Ha venido cuando ya se han cargado a una mujer.

—¿Cómo podía venir antes, si estaba metido dentro de una red y atado como un salchichón?

—Está bien, está bien, ya arreglaremos ese asunto. Veremos qué dice el juez. Ahora, si se encuentra bien, acompáñeme al lugar del crimen.

* * *

Geraldine estaba muy pálida, con un ligero temblor en sus labios gordezuelos, mientras los sepultureros, tras haber levantado la pesada losa que cubría la tumba, se disponía a extraer el ataúd colocado en el interior del hueco rectangular de hormigón que evitaba que la tierra tocara la caja de madera.

Era de noche.

Tres farolillos de gas propano y unas linternas iluminaban la escena. Detrás de Geraldine había dos mujeres policía.

Los roces del féretro contra las paredes de hormigón se podían oír con una nitidez escalofriante, como también las respiraciones fatigosas de los hombres que sacaban el ataúd, disputándose a la tierra.

También se hallaban presentes el comisario Roldan dos agentes de uniforme, el juez, un ayudante y, presenciándolo todo, Jean Ranshell, que no quitaba ojo a Geraldine.

—Está bien —dijo la voz del juez, que luego tosió—. Le abriremos con una sola llave. Abrió las tres cerraduras del féretro y el comisario Roldan exigió:

—Luz aquí.

Abrieron el ataúd y apareció el cadáver; el hedor que brotó fue insoportable; sin embargo, el aspecto del muerto aún podía considerarse bueno, llevaba incluso el peluquín. A Ranshell le asombró el enorme parecido.

—¡*Madame!* —interpeló el juez—. ¿Puede identificarlo?

Geraldine avanzó un paso y se desmayó. Mas no llegó al suelo, las dos forzudas agentes la sostuvieron a tiempo. No debía ser la

primera vez que se encontraban en una situación similar.

—Bien, ciérrenlo, hay que dejarlo para los médicos forenses.

Introdujeron el ataúd en un furgón y Geraldine, en un vehículo de la policía, fue trasladada a su residencia escoltada por las dos agentes.

Jean Ranshell subió al «Porsche» amarillo que aún no había devuelto a su propietaria.

Se separó de la comitiva y enfiló hacia la frontera de Mónaco.

Aquella noche, Jean Ranshell no durmió tranquilo. Estuvo desasosegado, nervioso. La situación de Geraldine le preocupaba y, sin embargo, las circunstancias le acusaban.

Por el momento, sólo había en su contra la acusación póstuma de Mireille, la joven asesinada que fuera amante de Claude.

El juez se había reservado todavía la orden de arresto, pero había recomendado la vigilancia de la posible culpable.

Se levantó con jaqueca. Se miró en el espejo y se vio con ojeras.

Con el automóvil cruzó por enésima vez la frontera francomonegasca y se dirigió al hotel donde comenzara todo aquel extraño caso de buscar al asesino del bastardo.

—Por favor, dígame a míster Smith Dupont que Ranshell quiere verle —pidió al jefe de la conserjería del lujoso hotel.

El empleado llamó por teléfono y luego, sonriente, le contestó:

—Puede subir. Si quiere que le acompañe un botones...

—No, gracias, sé dónde está. Subió en el ascensor.

Smith Dupont le recibió en bata. Tenía un opíparo desayuno sobre la mesa, cerca del ventanal que miraba al mar.

—¿Desea desayunar, Ranshell?

—Sí.

—¿Desayuno convencional?

—Desayuno a la inglesa, con un par de aspirinas.

—¿Le duele la cabeza? Ranshell le mostró la herida.

—¿Una caída?

—Un garrotazo.

—¿Tiene que ver con el caso?

—Naturalmente. ¿Conoce a Igan?

—Sí, claro, el brujo espiritista. Es un tipo raro, de mal agüero; no conviene fiarse de él.

—Podía haberme hablado de él.

—Bah, era un amigo de mi hermano.

—Sí, eso creo. ¿Qué desayunamos?

Por teléfono, Smith pidió el servicio para Ranshell. Al poco, éste engullía las aspirinas con una naranjada.

—¿Cómo va todo?

—El caso está aclarado —respondió Ranshell mirándole a los ojos. Entonces observó que Claude Rouvre no llevaba la peluca puesta.

—¿Qué mira?

—Su calva.

—¿Sabe que Clement se hizo depilar la cabeza para parecerse más a mí?

—No, pero sé que le enterraron con peluca.

—Geraldine no debió querer que se rompiera la imagen conocida.

—Parece que Geraldine es cómplice del posible asesinato.

—¿Geraldine? —exclamó con sorpresa.

—Sí, por lo visto fueron ella y ese brujo, Igan. No sé hasta qué punto Valery, el chófer, sabía lo que pasaba.

Smith Dupont suspiró. Bebió un poco de café con leche y con expresión de abatimiento musitó:

—Debí imaginarlo.

—¿Por qué?

—Se había dado cuenta de mi interés por Mireille, un interés que cada día iba en aumento. Creo que acabaré casándome con esa chica. Me gusta.

—No podrá.

—¿Por qué?

—Mireille ha muerto.

—¡No!

—Sí, la encontré muerta cerca de la casa de Igan.

—¡Maldito demonio! ¿Le ha cogido la policía?

—Que yo sepa, aún no.

—Mireille, Mireille... Voy a quedarme solo.

—¿Tanto representaba Mireille para usted?

—Sí, mucho.

—¿No cree que si la amaba por ser ella tan aniñada es un problema de psiquiatra?

—¿Qué dice?

—Mentalmente o en el subconsciente, no dejaba de ser un incesto.

—No diga estupideces, es usted demasiado freudiano, Mireille me gustaba casi más como compañía. Yo estoy delicado del corazón, ya lo sabe, y no puedo hacer excesos.

—Sí, algo de eso sé. También puedo decirle que Mireille dejó una confesión escrita que ahora tiene el juez en su poder.

—¿Una confesión sobre nuestras relaciones?

—Bueno, esas relaciones se deducen del escrito. Ella presencié cómo sacaban el cuerpo sin vida del bastardo del nido de amor que usted le puso.

—¿Qué dice?

—Lo que ha oído. El bastardo estaba en el nido de amor que usted dispuso para Mireille.

—¡Canalla! ¿Hasta de Mireille se aprovechaba?

—Me temo que sí. Usted jugaba con ella y él la visitaba de vez en cuando y concluía lo que usted no conseguía. Por lo visto, él sí tenía potencia sexual.

—Dios, Dios, no lo repita, me enfurezco...

—Es el peligro de tener a alguien tan parecido, usted le pidió que ocupara su puesto.

—¡Pero en las reuniones generales, bodas y algunas estupideces sociales que me resultaban inaguantables!

—Pero él también ocupaba su puesto en la cama cuando se le presentaba la ocasión, y no se lo reprocho.

—¿Cómo?

—Después de todo, el padre de ambos era el mismo y usted, por nacer dentro del orden social establecido, se llevó las ganancias. En cambio, Clement, pese a ser hijo del mismo padre, no recibió nada.

—¿Qué pretende usted, cambiar el mundo? Clement se llevó una subvención que le evitó tener que trabajar.

—Hasta que murió el padre de ambos.

—Entonces yo le di trabajo.

—Y tuvo que parecerse el máximo a usted. ¿Se hizo alguna operación de cirugía estética?

—Tuvo que hacerse algunas correcciones, por supuesto. El parecido no era total como es de suponer, éramos hijos de distinta

madre; pero al final el parecido fue asombroso, lo que no hizo la naturaleza lo consiguió la técnica.

—¿Por qué cree que Igan ayudó a Geraldine a tratar de asesinarle, aunque se equivocaran de personaje?

—Igan es un indeseable. Ha estado varias veces en la cárcel y me sacó bastante dinero con sus sesiones de espiritismo, pero es insaciable y debió de querer más. Quizá fue él quien se ofreció a Geraldine para asesinarle.

—¿Y cómo cree que pudieron hacerlo?

—Si intervino Igan, debió utilizar el hipnotismo.

—¿Cómo se puede asesinar a una persona utilizando el hipnotismo?

—De muchas maneras.

—Me refiero simulando un ataque cardíaco.

—Igan es un tipo repugnante. En ocasiones me mostró cómo matar animalitos y explicó cómo podía parar un corazón humano sin que un médico lo notara.

—¿Cómo?

—Eléctricamente.

—¿Una electrocución?

—Sí.

—Pero ¿cómo, cómo? —inquirió Jean muy interesado, sin dejar de desayunar.

—El ha estudiado acupuntura y otras técnicas. Cogía dos cables eléctricos unidos al final por una clavija normal para enchufar. Luego, cada extremo del hilo tenía una aguja. Según él, se hipnotizaba a la víctima y se le decía que no iba a sentir nada, nada. Le clavaba la aguja en la nuca.

—¿Dentro de la nuca?

—Creo que no, la introducía subcutáneamente, por debajo del cuero cabelludo, cerca del cerebelo.

—¿Y la otra?

—La otra tenía que ser muy larga, del tipo que se emplea para las flucciones lumbares. La introducía en su víctima por la tetilla izquierda y atravesaba entre las costillas hasta llegar al corazón. Esa aguja tenía una ligerísima película plástica de protección para que sólo los últimos milímetros dejaran pasar la electricidad, es decir, la parte que se hundía en el corazón.

—¿Un impacto eléctrico en el corazón?

—Así es. Al hipnotizado se le dice que no siente nada, que su corazón va a hincharse de gozo súbitamente y luego se detendrá con suavidad, buscando la paz, una intensa paz. Dicho esto, enchufará la clavija y en medio minuto el hipnotizado es cadáver. Las agujas son finísimas y en los lugares donde están clavadas no dejan huella externa.

—Un método muy sofisticado de asesinar.

—Igan es capaz de eso, lo había contado en distintas ocasiones.

—Y si le creía capaz, ¿por qué no me habló de él al principio, cuando me encargó el caso?

—No quería influir en usted. Prefería que lo averiguase todo por sí mismo y tal como ha llevado el asunto, debo felicitarle, ha sido rápido y efectivo.

—¿Cuándo piensa presentarse ante el juez para declarar su identidad?

—Cuando Igan esté detenido, no quiero que me atrape; no obstante, si me hace el favor, le entregaré una carta mía al juez en la que declaro mi verdadera identidad y que le contraté a usted para investigar este asunto, con la expresa petición de que se presentara a la justicia cuando tuviese algo concreto y demostrable.

—¿Tiene ya esta carta?

—Sí, claro. Esperaba que llegara el día adecuado para entregarla. Ardo en deseos de regresar a mi residencia y espero que cuando yo llegue a ella, Geraldine ya esté en prisión. No consiguió asesinar a su marido, pero fue un error; de todos modos, asesinó a su hermano natural, el bastardo.

Claude Rouvre se levantó de la mesa. Fue hacia el armario y al poco regresó con una carta mecanografiada y firmada y se la entregó a Ranshell.

—Está bien, la entregaré a la justicia, aunque es posible que tenga que someterse a unas cuantas pruebas de identidad antes de que pueda usted recuperar lo que es suyo y no va a gustar que lleve pasaporte falso.

—Bah, eso lo solventarán mis abogados. Usted entregue la carta y ya me someteré a las identificaciones oportunas. Me gustaría ver la cara que pondrá Geraldine cuando sepa que mató al bastardo y no a mí.

Se sonrió contenidamente y su mirada se perdió en dirección al ventanal, imaginando la situación.

CAPÍTULO XI

Encontró al comisario Roldan en la residencia de los Rouvre. Parecía muy contento y al ver a Ranshell le saludó muy efusivo.

—Ha ayudado usted a la justicia, Ranshell, y ha hecho bien entregando tan pronto las pruebas a la justicia, que es quien tiene el derecho y el deber de arrestar.

—Sí, eso es lo que pensé.

—Tenemos el arma del crimen.

—¿Qué arma?

—Un fusil americano

M-20

con mira telescópica en su versión de élite.

—¿Un fusil de precisión con mira telescópica?

—Exacto.

—¿Fue el arma con que me dispararon?

—Posiblemente. Ahora se la van a llevar a balística y sabremos si con él asesinaron a la joven Mireille y también le dispararon a usted.

—Magnífico. ¿Y dónde la encontraron?

—Se asombrará.

—No creo que ya pueda asombrarme de nada.

—Lo han hallado escondido en el coche grande de la casa.

—¿En el «Mercedes» Embajador?

—Sí.

—Era de suponer. ¿Y quién pudo manejarlo?

—No se han encontrado huellas; no obstante, se desmontará pieza a pieza y puede que en su interior se encuentre alguna huella.

—¿Y la autopsia?

—Aún no se sabe el resultado.

—El verdadero Claude Rouvre está esperando.

—Pero ¿qué dice?

—Que Claude Rouvre no es el hombre de la tumba.

—¿Está usted loco? —Brincó el comisario.

—¿No ha averiguado aún que había un bastardo por medio, y no lo digo con deseos de insultar?

—No, no... Por favor, hable despacio, que yo pueda enterarme bien... ¿Dice que hay un hermano natural de *monsieur* Claude Rouvre?

—Sí.

—¿Y que el de la tumba es el hermano natural y no *monsieur* Rouvre?

—Exacto.

El comisario tuvo que sentarse. Bufó sonoramente y, nervioso, buscó un cigarrillo entre sus bolsillos, Ranshell le puso entre los labios uno de su paquete y luego le ofreció la llama del encendedor.

—Claude Rouvre fue el que me encargó que investigara este caso. El asesinato fue una equivocación.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Tan seguro que traigo una carta para el juez. Claude Rouvre está en Monaco, escondido para escapar de los asesinos. Ahora advierte de su regreso y exige la aclaración de todo este asunto.

—Que cada vez se complica más cuando yo lo creía solucionado...

—No es tan fácil. Por cierto, el arma que provocó el ataque cardíaco podría ser una electrocución mediante dos agujas que se introducen una cerca del cerebelo y la otra a través de la tetilla izquierda para disimular el pinchazo y en dirección al corazón. Por supuesto, ésta ha de ser muy larga.

—¡Pierre! ¡Pierre! —comenzó a gritar de pronto el comisario Roldan, como si acabara de ser presa de un ataque de nervios.

El inspector se acercó corriendo.

—¿Qué ocurre, comisario?

—¿Dónde está lo que han encontrado?

—¿El qué?

—¡El cable con las agujas!

—Pues...

—¡Tráiganlo en seguida!

El inspector se fue. Al poco regresaba con un cable, dos agujas y una clavija.

—¿Pudieron matar con esto? —preguntó Roldan a Jean.

—Sí, creo que sí. ¿Dónde lo han encontrado?

—En una caja de zapatos, dentro de una bolsita de plástico —explicó el inspector.

—Es muy raro.

—¿El qué? —inquirió el comisario Roldan—. ¿No ha dicho que puede ser el arma del crimen?

—Sí, pero debiera estar en casa de Igan y no aquí.

—Quizá lo guardó la esposa del muerto, digo, la acusada... Ya me hago un lío.

—Comisario, le llaman al teléfono —advirtió uno de los inspectores que efectuaban el registro de la residencia por orden del juez al que se le había asignado el caso.

—Ahora voy; no se marche, Ranshell. Todo esto se pone muy interesante.

El comisario Roldan se puso al teléfono, habló un poco, hizo varias preguntas y obtuvo respuestas. Cuando colgó, su rostro se le había iluminado.

—Ranshell...

—¿Sí?

—Tengo los primeros resultados oficiosos de la autopsia que se ha llevado a cabo al cadáver exhumado.

—¿Y qué dice?

—Que el muerto no padeció en vida enfermedad cardíaca alguna de consideración, no tiene lesiones cardíacas, pero sí han descubierto una punzada.

—Y ya tiene el arma del crimen, comisario.

—Sí, lástima que el otro punto del cuerpo no pueda buscarse con tanta facilidad. De todos modos, ya lo creo que sí. Tengo que ir a ver al juez. ¿Me acompaña?

—Sí, será una buena ocasión para entregarle la carta de *monsieur* Claude Rouvre; de esta forma, todo irá quedando perfectamente claro.

—Sí, sí, este caso se resolverá pronto. Ya tenemos detenidos o digamos retenidos a la viuda, digo a *madame* Geraldine, y también al chófer que llevó el cadáver, aunque es posible que un buen

abogado alegue que él transportó el cadáver sin saber nada.

—Será un jurado quien dé su veredicto.

—Eso es. Acompáñeme, acompáñeme, el juez estará encantado de verle. Tenemos las armas y ahora sólo nos falta encontrar a Igan. Por asesinato se le buscará y pediremos la extradición si se encuentra en otro país.

Ranshell le siguió en su propio coche. El comisario lo condujo hasta el juez. Geraldine estaba en la antesala, esperando entre dos mujeres. Su palidez era notable.

—¿Puedo hablar con ella? —preguntó Ranshell.

—Sí, puede hacerlo; todavía no se ha dictado el arresto oficial, aunque creo que esto ocurrirá dentro de pocos minutos con todo lo que hemos encontrado.

El comisario pasó al despacho del juez.

Geraldine miró a Ranshell con ojos desconcertados y éste no supo muy bien por qué, pero tuvo un sentimiento de culpabilidad.

—¿Por qué, Geraldine?

—No hay por qué, yo no he hecho nada. Claude murió.

—Claude no murió, está vivo.

—¿Vivo? Debe de ser una pesadilla.

—No es ninguna pesadilla. El muerto no es Claude, sino Clement, el bastardo que muchas veces ocupaba el lugar de Claude.

—¿Clement?

—Sí. ¿Le conocías?

—Un poco, aunque no demasiado. Claude prefería no hablar de él.

—Claude está en Montecarlo, esperando que se aclare todo este embrollo. Ahora traigo una carta suya para el juez.

—Yo no lo maté, no lo maté.

—Claude, digo Clement, no murió en la cama de tu residencia.

Geraldine se hundió, bajó la cabeza y sollozó sin importarle la presencia de las dos mujeres policía, sentadas a derecha e izquierda respectivamente.

—Claude llamó a casa, estoy segura de que era su voz, podría jurarlo. Me dijo que se encontraba mal, muy mal.

—¿Sabías lo de la enfermedad cardíaca?

—Sí, lo dijo el doctor Ambroisie en una ocasión, pero a veces no lo parecía, yo no suponía que fuera grave. Me dijo dónde tenía que

ir a buscarle y fui con Valery.

—¿Fuiste al nido de su amante?

—Sí, la odiaba. Claude la mantenía y yo podía haber pedido el divorcio.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Me dejé llevar por el sistema de vida. Después de todo, yo ya no amaba a Claude, creo que nunca le quise, nuestra boda fue una solemne estupidez.

—Bien. ¿Qué más ocurrió?

—Cuando Claude me habló por teléfono, dijo que no quería morir allí, me suplicaba que lo llevase a casa.

—¿Que no quería morir en su nido de adulterio?

—Eso me dijo, y me asusté. Valery fue conmigo, es muy fuerte y podría llevarlo.

—¿Y la puerta?

—¿Qué puerta?

—La de la escalera de la comunidad de vecinos.

—Estaba abierta.

—Es muy raro, funciona automáticamente.

—Yo la empujé y se abrió.

—En fin, siempre puede fallar un cierre eléctrico. ¿Y la otra puerta, la del piso?

—Estaba entreabierta, Claude la había abierto queriendo escapar de aquel lugar. Debió sentirse morir y no quería que luego se dijese que había muerto en la casa de su amante. La mantenía, pero cuidaba las normas sociales.

—¿Estaba muerto?

—Sí, creo que sí —sollozó Geraldine—. Le pedí a Valery que lo envolviera en una manta y lo llevara al coche y del coche a casa. Todo sucedió muy aprisa. Llamamos al doctor Ambroisie y ya sabes lo demás.

—¿Dónde estaba Igan?

—¿Igan? Pues no sé.

—Igan iba con vosotros.

—Eso no es cierto.

—Según la confesión de Mireille, Igan iba contigo.

—Mintió, mintió, él no estaba allí. A mí no me gustaba Igan era cruel, asqueroso y repugnante.

—Todo eso lo sé. He conocido a Igan y me ha dejado un recuerdo en la cabeza.

—Entonces, ¿por qué mintió Mireille?

—Es extraño que mintiera como tú dices. Además, ¿cómo podía pedirte Clement, porque el muerto es Clement, que lo llevaras a casa?

—No lo sabía, lo juro, no lo sabía. Además, todo sucedió aprisa, no había tiempo para mirar bien. Lo envolvimos y nos lo llevamos. El doctor Ambroisie certificó el ataque cardíaco, así que no entiendo nada, nada.

—¿Y no sabes nada de un fusil con mira telescópica?

—No, no sé de qué me hablas.

—La policía lo ha encontrado en el «Mercedes».

—Yo no sabía nada...

—También han encontrado el cable eléctrico con las agujas soldadas en los extremos que utilizaron para asesinar a Clement.

—¿Dónde?

—En una caja de zapatos tuyos.

—¡Imposible!

Se abrió la puerta, dando el paso al comisario Roldan.

—El juez dice que ya no puede hablar más con la detenida; ahora sí está firmada la orden de detención por doble asesinato.

—¡Nooo...! —estalló Geraldine, ya incontenible, y tuvo que ser retenida por las dos mujeres policía porque trató de echar a correr ciegamente, sin saber siquiera hacia dónde.

Jean tuvo deseos de intervenir, de abrazar a Geraldine e intentar calmarla, pero el comisario Roldan le cogió por el brazo.

—Déjala, las agentes conocen su profesión. Ahora es cosa de la justicia, Sus abogados la defenderán, ni su esposo puede hacer nada.

El juez miró con rostro aguileño a Ranshell y le pidió:

—Por favor, siéntese. —Aguardó—. ¿Dice que ha traído una carta de *monsieur* Claude Rouvre para mí?

—Sí, aquí está. —Le tendió el sobre—. En realidad, él me contrató porque tenía miedo de que el asesino o los asesinos le mataran, es decir, cometieran un segundo crimen.

El juez leyó la carta detenidamente, hasta que sonó el timbre del teléfono que tenía sobre la mesa. Lo descolgó, habló unos

momentos y alargó el auricular al comisario.

—Es para usted —dijo.

El policía tomó el aparato y se identificó.

—¿Seguro?

Le hablaron del otro lado del hilo.

—No toquen nada, dentro de poco estaré allí. El señor juez levantará el cadáver. El juez y Jean Ranshell le miraron. Este último preguntó:

—¿Igan?

—Sí.

—¿Muerto? —preguntó el juez.

—Así es. Siguieron las rodadas de su coche por un camino forestal, se hizo difícil porque hay tramos muy rocosos, pero han descubierto que se despeñó, cayendo en una quebrada profunda con árboles achaparrados, quedando el coche medio oculto. Está muerto, debió ser en la huida.

El juez suspiró, opinando:

—Creo que todo el juicio se centrará ahora en torno a *madame* Rouvre. Comisario, hay que esperar que se calme para tomarle una declaración completa. No creo que este caso tenga ya complicaciones.

—Así se hará, señor juez.

Jean Ranshell quedó pensativo. El fantasma de la guillotina, aunque rara vez se aplicaba en Francia, amenazaba el esbelto cuello de la hermosa Geraldine.

CAPÍTULO XII

A bordo del «Porsche» amarillo, Jean Ranshell llegó ante la residencia de los Rouvre y tocó el claxon. Se abrió la puerta y apareció el propio Claude Rouvre. Cruzó el camino del jardín y se acercó a la verja, abriéndola.

—Buenos días, Ranshell.

—Vengo a devolverle el coche que me prestó Geraldine y a cobrar lo que me debe.

—Todavía no se ha celebrado el juicio.

—Vamos, vamos, *monsieur* Rouvre, usted no me pidió la sentencia condenatoria, sino que encontraba a los asesinos.

—Está bien, pase.

Ranshell entró el vehículo al jardín de la residencia. Claude Rouvre se ocupó de cerrar la puerta del jardín y después regresó andando a la casa. Jean le esperaba en el porche.

—Ahora ya podrá pagarme, ¿no?

—Sí, tengo dinero aparte.

—En el Banco le han aceptado que es usted, ¿no?

—Sí, claro. Falta la ratificación oficial del juzgado, pero me ha telefonado el juez diciéndome que mañana estará solventada toda mi situación.

Ya dentro de la residencia, lujosa y confortable, Claude Rouvre invitó a beber a Ranshell.

—Pasemos a mi despacho.

—Como quiera. Por cierto, su amigo Petrovich se cuida muy bien.

—Sí. Un tipo muy listo Petrovich, no se puede prescindir de él. Es un zorro nato de los negocios.

—Se ha quedado usted solo; bueno, con Petrovich.

Claude suspiró mientras escanciaba bebida en unos vasitos pequeños.

—Que Geraldine fuera la, bueno, la asesina, no me ha extrañado; pero sí me ha dolido mucho. La muerte de Mireille sí me sorprendió extraordinariamente.

—¿Y la muerte de Igan?

—Tenía que acabar de mala manera, era lógico. En cuanto a Valery, no creo que le suceda nada. El llevó el cadáver sin tener conocimiento siquiera de que se hubiera cometido un asesinato, la justicia no puede ser dura con él.

—¿Volverá a tomarlo a su servicio?

—No lo sé, me quedan dudas.

—¿Cuáles?

—Me dijeron que el rifle que mató a Mireille estaba en el coche grande y de ese coche cuidaba Valery.

—¿No cree que quien disparara fuera Geraldine?

—No, no creo que tuviera tan buena puntería.

—Conmigo, falló.

—Bueno, pues para darle a Mireille entre los ojos...

—Le dispararon a muy corta distancia.

—De todos modos, no creo que Geraldine utilizara el rifle, eso es cosa de hombres, Valery o Igan.

—Igan no pudo matar a Mireille.

—¿Por qué no? Según me contó usted mismo, permaneció horas tratando de escapar de la red.

—Sí, tardé horas; pero si Igan mató con el rifle a Mireille, no tuvo tiempo de venir hasta aquí, ocultar el rifle en el «Mercedes» y regresar a las proximidades de su casa donde se despenó.

—Es cierto, no había caído en ello. En ese caso, no me queda otro remedio que pensar en Valery, aunque no soy yo quien debe decirlo, sino la justicia.

—Yo sé quién le disparó a Mireille.

—Valery, claro.

—No, fue usted.

—¿Yo?

Palideció, alargó su mano para tomar el vasito de licor y los dedos le temblaron ligeramente, aunque supo reponerse rápidamente, recobrando su aplomo habitual.

Si Ranshell hubiera poseído el olfato de un perro, hubiera podido oler el sudor brusco que empapó las axilas del hombre que tenía delante.

—Sí, fue usted. Ante usted, Mireille no se sorprendió y usted le disparó, como también me disparó a mí, aunque su intención no era eliminarme.

—¿Ah, no? —Se rió, con el vaso en la mano—. ¿Qué pretendía, entonces?

—Asustarme, espolearme. Demostró tener buena puntería, tenía que fallar. Disparó desde su coche, posiblemente sabía que yo iba en la barcaza, porque usted fue quien roció con gasolina el suelo para que mi coche ardiera.

—¿Qué barbaridad! ¿Por qué habría de desear matar al hombre que iba a descubrir lo que yo quería?

—Usted estaba seguro de que yo saldría de la situación de una forma u otra, sabía que yo era un profesional de las situaciones difíciles. De todos modos, tenía que arriesgarse; pretendía que yo me sintiera perseguido por un asesino que iba en contra de usted.

—Tiene usted un exceso de imaginación. Mireille estaba allí.

—Mireille era su cómplice.

—¿Mireille mi cómplice?

—Sí, en todo, porque usted es el cerebro de este caso, *monsieur* Clement. Volvió a reírse.

—Se equivoca, soy Claude.

—Está bien, usted es Claude... Págueme y me voy.

—No, no tenga prisa. Bueno, le voy a pagar como la otra vez; está usted muy divertido esta mañana, Ranshell. —Firmó el talón y se lo entregó—: ¿Cómo está su coche?

—Compuesto ya.

—Lo celebro. Si necesita más tiempo el «Porsche», puede disponer de él; a mí me gusta más el «Mercedes».

—A usted le gusta el lujo —comentó Ranshell mirando el cheque que le pareció conforme—, por eso mató a Claude.

—Es usted recalitrante... Yo soy Claude.

—¿No desea oír mi propia versión de la historia?

—Si insiste, ¿por qué no? Hasta puede resultar divertida.

—Usted planeó el crimen hace ya mucho tiempo, es como una casa de larga duración en su construcción. Preparó los cimientos

porque desde niño odió a Claude porque él se llevaba todo lo que usted creía que le pertenecía.

—He de admitir que siempre sospeché que Clement me detestaba. Siga, siga...

—A medida que fueron entrando personajes en la vida de Claude, usted fue perfilando el crimen con trazos más firmes. No le costó mucho hacerse amigo de Mireille, pequeña pero ambiciosa. Usted le prometió convertirse en *madame* Rouvre, ¿no es así?

—Si usted lo dice...

—Era fácil. Ella sólo debía esperar a que Geraldine fuera juzgada y sentenciada porque usted lo había preparado todo para que Geraldine apareciera como culpable, y así ha sido. Le contó su plan a Mireille y a ella le pareció perfecto, no era un crimen sencillo y necesitaba colaboración. Lo que Mireille ignoraba es que ella iba a ser también un falso testigo mudo. Usted le pidió que redactara la confesión para matar la luego, así ya no podría rectificar jamás.

—¿Le dijo ella eso?

—No, ya le contaré cómo lo averigüé; sigamos la cuestión por su orden. Usted necesitaba un verdugo y para eso contrató a un hombre sin escrúpulos, no sé cuánto le pidió.

—Igan era un tipo estúpido que sólo quería que le admirasen. Hubiera cometido un asesinato por un solo ¡oh!, de admiración.

—Igan hipnotizó a *monsieur* Claude en el nido de amor de Mireille y luego apareció usted. Le clavaron los electrodos y lo mataron. Usted fingió la voz de Claude y le pidió a Geraldine que fuera a buscarle, era parte del plan. Ella tenía que recoger el cadáver para luego poder aparecer como culpable. Mireille confesó que Geraldine y Valery se habían llevado el cadáver.

—Lo cual era cierto.

—Pero no era verdad que con ellos estuviera Igan.

—Es lógico que Geraldine niegue ahora, todos los asesinos lo hacen.

—Geraldine no perdería nada con mencionar a Igan.

—Sí perdería; sería declarada culpable y ella mantiene su tesis de que es inocente.

—Lo es, porque usted fue quien mató a Claude para suplantarlo.

—Eso no se puede demostrar. Yo soy el cardíaco y el cadáver no.

—Usted visitó al doctor Ambroisie como si fuera su hermano

hace ya tiempo. Cuando Claude se enteró, se molestó, pero ya no podía hacer nada para evitarlo y asumiendo el rol de enfermo, pidió al doctor Ambroisie que guardara el secreto profesional.

—De modo que Clement era el cardíaco y no Claude... —volvió a reírse.

—Así es. Hace tiempo, se rompió el brazo en un accidente de automóvil y se presentó en el hospital bajo el nombre de Claude Rouvre. Allí, le hicieron radiografías.

—Naturalmente.

—Sólo que, en esas fechas, Claude estaba en una reunión de financieros en Amsterdam.

—No, no, el que estaba en la reunión era Clement.

—Lo siento, pero he comprobado el hecho.

—¿Cómo?

—En esa reunión se firmaron importantes contratos y está la firma de Claude. Usted no podía firmar.

—Usted se está armando un lío, Ranshell, y parece olvidar un detalle fundamental: las huellas dactilares en la tarjeta de identidad.

—Sí, ésa fue su baza más astuta ayudado por Mireille. Cambió la tarjeta de su hermano, le puso una falsa y luego usted renovó la de Claude presentándose como tal pero colocando sus huellas digitales en la nueva tarjeta. Usted ya tenía su identidad falsificada, huellas incluidas, hasta en el pasaporte, que en las fechas que se rompió el brazo no utilizaba porque Claude no lo enviaba fuera del país.

—Eso tampoco es cierto.

—Hay varios fallos en su historia, Clement. Usted mató a Claude ayudado por Mireille e Igan. Luego asesinó a Mireille; el rifle tenía silenciador. Igan, al verse descubierto, me atacó. Al salir, le vio a usted y debió matarle partiéndole el cráneo de un culatazo. Lo metió en el coche y lo despeñó. De esta forma, silenciaba las bocas de sus cómplices que ya jamás hablarían ni le extorsionarían con chantajes.

—Todo es imaginación de usted.

—No, no es imaginación mía. Usted me vio tendido y me dejó estar. Mató a los perros, lo que Igan jamás hubiera hecho porque eran su compañía. En cambio, para usted sólo eran unos canes molestos que debieron enfurecerse al ver que ataba a su amo.

—Me temo que su historia es bonita, pero tan fantástica... No podrá demostrarla jamás.

—Sí.

—¿Cómo? —preguntó, sarcástico y desafiante.

—Pidiéndole al juez que compruebe sus huellas dactilares con las huellas de Claude Rouvre de hace veinte años. Por aquel entonces, no había podido hacer el cambiazo de las tarjetas de identidad. ¿Lo ve como puedo?

Se volvió, dándole la espalda.

—Quieto, Ranshell. —El investigador se detuvo—. Usted podría si yo no le estuviera apuntando con una pistola.

Jean se volvió, despacio.

—No lo va a impedir, Clement. Usted se ha preparado el camino concienzudamente, utilizando mis servicios para que todo vaya sobre raíles y a nadie se le ocurra mirar los márgenes, pero yo sí lo he hecho. Ah en un diario personal de Claude he leído que en determinada fecha estuvo en Amsterdam llevando a cabo unos negocios y no tuvo ningún accidente de carretera en el que se partiera el brazo.

—Usted me entregará ese diario.

—Doscientos mil francos.

—De acuerdo, Ranshell, pero nada de trucos. Ha sido más listo de lo que creí. Todo estaba meticulosamente preparado desde hace años. Sí, hace más de veinte años que comencé a planear el crimen para ocupar el puesto de Claude, pero no era fácil. Tenía que parecerme a él cada vez más.

—Por cierto, si le examinan a usted, descubrirán que se ha hecho cirugía estética y depilación eléctrica de parte del cabello del cráneo para parecerse más a la calva natural de Claude.

—Me temo que es usted extremadamente peligroso, Jean.

Hoy pediría doscientos mil y dentro de un mes, otros doscientos mil. Lo mejor es quitármelo de encima para siempre.

—En ese caso, máteme.

—Con mucho gusto.

Apretó el gatillo de la pistola varias veces consecutivas, pero Ranshell no caía, seguía fumando sarcástico frente a él.

—Lo siento, el comisario Roldan ha preferido colocar balas de fogueo en esa pistola para esta pequeña prueba.

Se abrió la puerta y apareció el comisario acompañado de varios inspectores.

—Queda arrestado, Clement Smith Dupont.

—¿Cómo, cómo han entrado?

—Mientras usted me abría la puerta para que entrara el coche, la casa tiene una puerta posterior. Ya ve, Clement, los demás también sabemos tender nuestras trampas.

—¡Maldito, maldito seas, en el infierno nos veremos!

—Sí, pero usted sin cabeza. *Madame* Guillotine se encargará de ello.

* * *

Jean Ranshell detuvo su coche deportivo. Ante ellos brillaban las aguas del mar Mediterráneo en noche de plenilunio.

—¿Por aquí te despeñaste con el coche?

—Sí. Un lugar bonito para morir, Geraldine.

—Eres un demonio.

—Y tú, una venus. ¿Recuerdas que en una ocasión empezamos a jugar y nos quedamos en el entremés?

Ella rió.

—Pues yo tengo deseos de comerme el filete y ahora que estás segura de tu viudedad...

Geraldine le rodeó el cuello y lo besó en la boca.

—¡Granuja!

—Te prometo que habrá entremeses y buenos postres, pero el filete lo pones tú.

—¿Y quién se lo come?

—Yo, claro.

—Anda, Jean —le pidió con voz ronca—, dale gas al motor, a ver cómo ruge... Grurururururu...

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.